CUADERNOS historia 16

Así nació Italia

Julio Gil, José R. de Urquijo y Alejandro Pizarroso

43



Entrega n.º 43 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la proclamación de la Italia unida.



AA. VV.

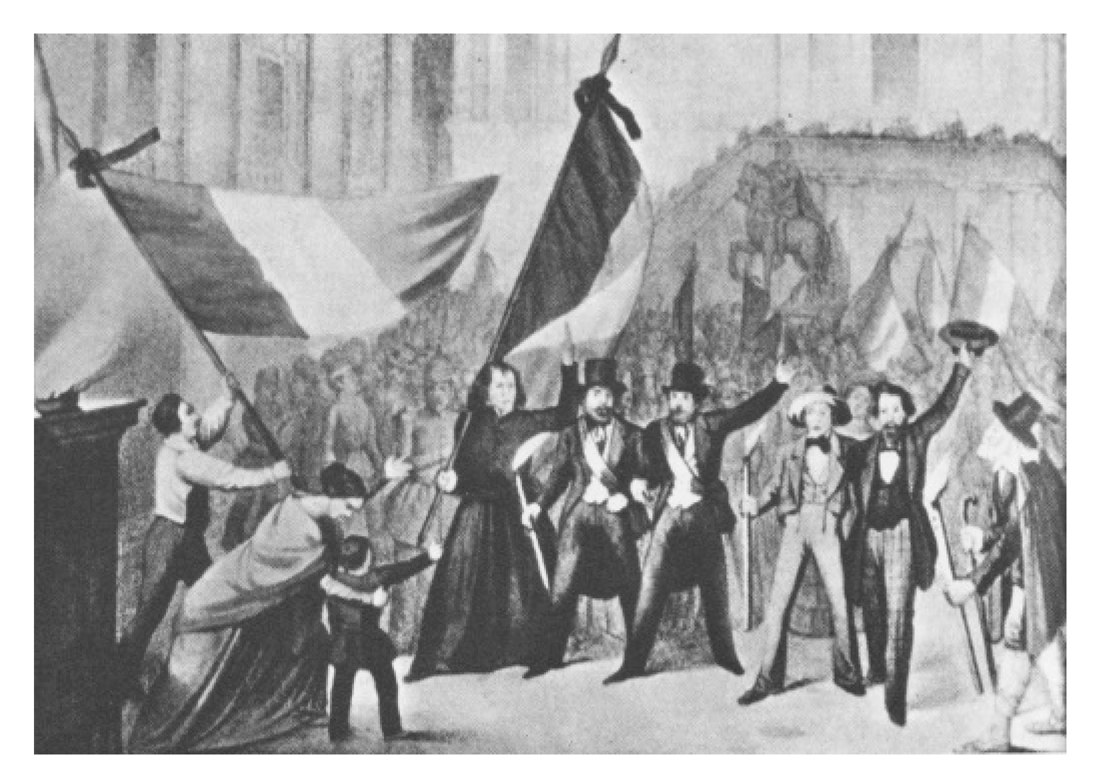
Así nació Italia

Cuadernos Historia 16 - 043

ePub r1.0
Titivillus 17.04.2021

Título original: *Así nació Italia*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Proclamación de la Italia unida durante la revolución de 1848.

Indice

Historiador. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Mazzini y el republicanismo italiano
Por Alejandro Pizarroso Quintero
Historiador. Universidad Complutense de Madrid.

Cronología

Bibliografía

Una nación dividida

EN el año 951 de nuestra era, el monarca alemán Otón el Grande colocó bajo su soberanía a la mitad septentrional de la península italiana y ciñó la corona de hierro de los lombardos. Once años después, tras una segunda expedición conquistadora, el papa Juan XII le coronó como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Aquel hecho, de dimensiones pretendidamente universales, ocultaba en su simbolismo una realidad material: el establecimiento del dominio de la casa de Sajonia sobre Italia.

A lo largo de los siglos medievales las diferentes dinastías que se sucedieron al frente del Imperio intentaron hacer valer sus derechos sobre el conjunto de la península. Lo consiguieron en algunas ocasiones, sobre todo bajo los emperadores Hohenstaufen (1125-1254), pero sus esfuerzos por unificar la península bajo el dominio alemán fracasaron ante la confluencia de diversas fuerzas: la reacción *nacional* italiana, encabezada por los papas, el partido *güelfo* y las ligas de ciudades de la Italia central y del norte, cada vez más independientes del poder imperial; el surgimiento de poderosas repúblicas marineras, señoras del Mediterráneo durante siglos, como Génova, Venecia y Pisa; y la consolidación en la mitad meridional de la península del reino de Nápoles, primero bajo los normandos y luego bajo los Angevinos.

Del período de guerras civiles entre güelfos y gibelinos y de la descomposición del orden feudal, salió una Italia bajomedieval dividida en infinidad de poderes locales, surgidos de la crisis del movimiento comunal. Familias como los Visconti, los Malaspina, los Scaligeri, los Gonzaga o los Este, crearon señorías propias que

fueron convirtiendo a la península en un mosaico de pequeños estados durante los siglos XIV y XV. En ese período, la crisis de autoridad afectó tanto a los emperadores como a los papas, mientras que en Nápoles y en las islas de Sicilia y de Cerdeña los angevinos eran paulatinamente sustituidos por el poder ascendente de la casa de Aragón.

Dominio hispánico

A finales del siglo XV, aumentó la injerencia de las potencias europeas sobre una península a la que la expansión territorial de las señorías mantenía en un estado permanente de guerra. La rivalidad entre los Valois franceses y los Trastámara españoles abrió un largo período de conflictos que luego continuarían los Borbones de Francia y los Habsburgo españoles. El resultado de estas guerras fue un prolongado período de dominio hispánico sobre Italia, bien a través del dominio directo, como en el caso de Nápoles, Sicilia o Milán, bien mediante el mantenimiento de una dependencia política y económica, como en Génova, Toscana, Saboya o los Estados Pontificios.



Plaza de la Señoría de Florencia a finales del siglo XV.
La escena representa la ejecución de Savonarola.

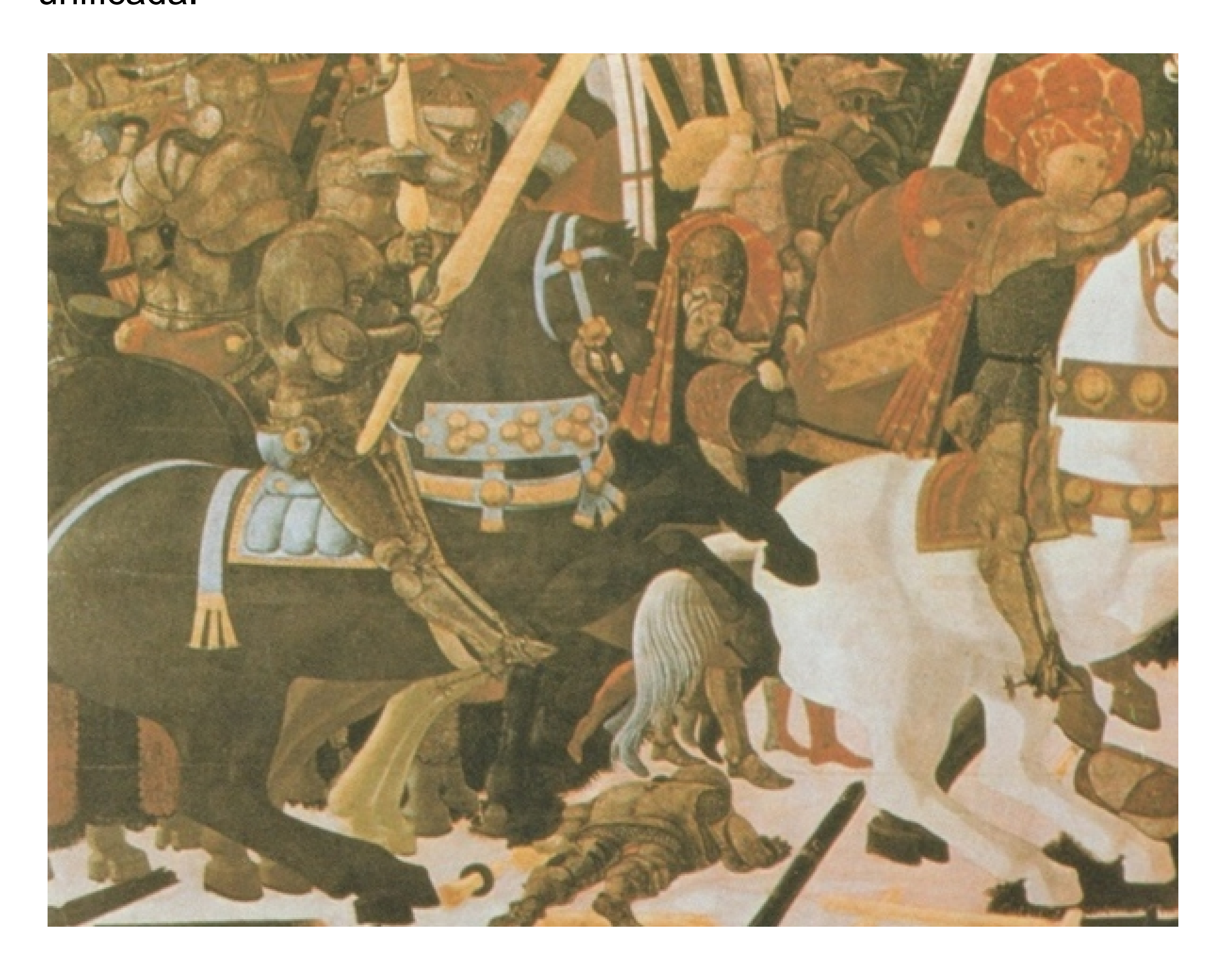
Y mientras los conquistadores se sucedían, el pueblo italiano soportaba alternativamente el yugo extranjero y el despotismo de los príncipes locales quienes, con el apoyo de la potencia de turno, gobernaban como señores de la vida y de la muerte sobre aquel conglomerado variopinto de pequeños estados.

La relativa calma que la hegemonía española había procurado a Italia durante más de una centuria, se interrumpió bruscamente a comienzos del siglo XVIII, al estallar la guerra de Sucesión española. La península se convirtió, una vez más, en campo de batalla entre Borbones y Habsburgos, donde los estados italianos jugaban un papel de meros comparsas. Finalmente, en 1738, el Tratado de Viena puso fin a los sucesivos conflictos dinásticos y fijó el *statu quo* territorial italiano hasta la última década del siglo.

La Italia del *despotismo ilustrado* continuaba siendo un país dividido políticamente y en parte sometido al dominio extranjero. Los austriacos poseían la Lombardia y gobernaban el ducado de Toscana. Los Borbones españoles regían el reino de las Dos

Sicilias, el ducado de Parma y los presidos toscanos, Venecia y Génova, perdidos sus imperios marítimos, eran una sombra del pasado, y ni los Estados Pontificios ni el pequeño ducado de Módena parecían en condiciones de jugar un papel en el escenario peninsular. Sólo el estado de los Saboyas, el reino de Cerdeña, constituía una potencia de nivel europeo, capaz de competir con austriacos y españoles por el control de la Italia septentrional.

Pero no debía pasar mucho tiempo antes de que el huracán revolucionario, llegado de la vecina Francia, alterase el orden secular y desencadenara a las latentes fuerzas del nacionalismo. Italia iba a conocer su oportunidad para transformarse en una patria unificada.



Detalle de la Batalla de San Romano, por Paolo Ucello (Galería Nacional, Londres).

En busca de un nacionalismo

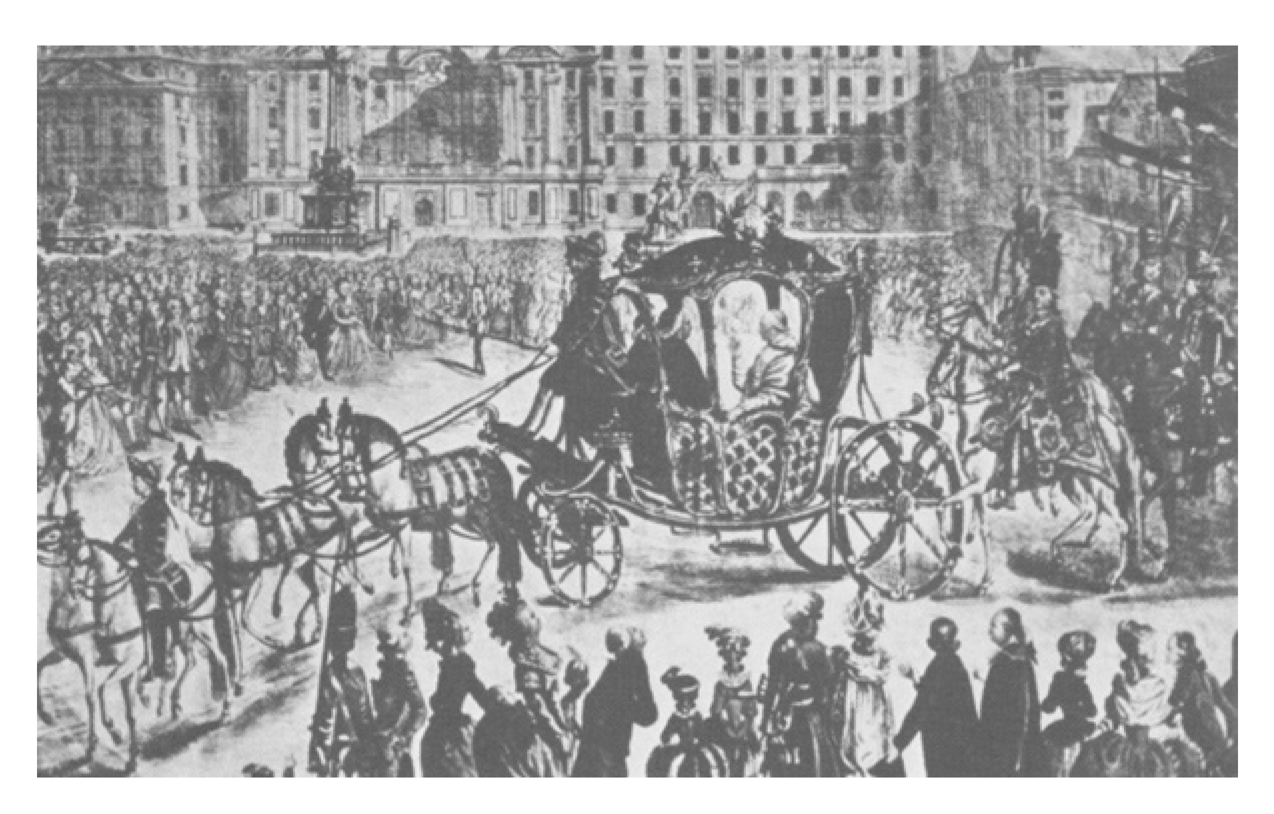
Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

UNA característica común a casi todos los movimientos liberales europeos de la primera mitad del siglo XIX es la inconsistencia de sus apoyos populares. Ya sea en Francia, en España o en Alemania, las minorías políticamente avanzadas no contarán con el favor de las masas, sino durante breves períodos y para fines muy concretos. En el momento en que se afirme la reacción antiliberal o cuando consideren incumplidas sus promesas, los pueblos de Europa abandonarán a su suerte a los revolucionarios, a quienes siguieron en momentos de exaltación.

Uno de los elementos más característicos de este primer liberalismo, una de sus mejores armas, es el componente nacionalista de sus doctrinas. El concepto de *nación* y su identificación con el territorio y la organización de un Estado tomaron cuerpo de la mano de quienes veían en el despotismo ilustrado una negación de la realidad existencial de cada pueblo. La idea del Estado-nación como garante de las libertades de los individuos, pero a la vez como guardián del patrimonio cultural e histórico del pueblo, tomó forma rápidamente entre estos grupos minoritarios.

Y, sin embargo, el nacionalismo no estaba exento de contradicciones. Todo lo contrario. Los españoles que lucharon contra las fuerzas napoleónicas en nombre de un ideal patriótico intentaban impedir, a la vez, la emancipación de sus colonias americanas. Los británicos, que simpatizaron y apoyaron la causa de la independencia griega, sojuzgaban y explotaban a sus vecinos irlandeses. Y aún existía una contradicción más grave, que se resumía en la pregunta: ¿Debe identificarse «a priori» el Estado con la nación, o a la inversa?



Visita de Pío VI a José II de Ausrtia, Viena, 1782.

Porque había en la Europa de la época enormes extensiones de terreno que compartían una comunidad lingüística, cultural e incluso histórica, pero que estaban divididas en multitud de pequeños Estados. Y, a la vez, convivían con estos enormes imperios multinacionales, en cuyo seno diversos pueblos se encontraban sometidos a un férreo poder central.

¿Nacionalismo prusiano, bávaro, sajón, etcétera, o nacionalismo alemán? ¿Un Estado patrimonial de los Habsburgos o un conjunto de patrias para los húngaros, checos, austriacos o croatas? Tales dilemas, y otros parecidos, se les van a plantear a los europeos del siglo XIX. Durante más de cien años, el mapa continental se reordenará continuamente a impulsos del hecho nacional. Durante más de cien años, los pueblos de Europa irán tomando conciencia de ello, aceptándolo como algo natural, consustancial a su propia existencia. Y quizá sea en Italia donde esta realidad quede más patente.

La Italia del XVIII

La palabra Italia perdió significación política a finales de la Edad Media, cuando aquel ideal europeísta y cristiano que fue el Sacro Imperio careció de consistencia. El vocablo tuvo entonces un sentido estrictamente geográfico. La península se convirtió en un mosaico de pequeños Estados, sin más vínculos entre sí que el comercio, las ocasionales alianzas militares o el sometimiento común a los intereses de alguna gran potencia.

Españoles, franceses y austriacos ocuparon el suelo italiano durante más de tres siglos y dirimieron allí muchas contiendas. Los príncipes, la aristocracia y el pueblo contemporizaban, carentes de fuerza militar, y con el tiempo parecieron habituarse a aquella extraña dominación compartida. Las guerras sacudían periódicamente la llanura del Po y los valles alpinos, pero no eran ni tan largas ni tan terribles como las que asolaban las tierras centroeuropeas o los campos y ciudades de España y Francia.

El siglo XVIII, tan espléndido en realizaciones culturales y políticas en otras regiones, no aportó prácticamente nada a Italia. La primera mitad de la centuria estuvo ocupada por interminables guerras entre los Borbones y los Habsburgos, y la segunda, hasta 1793, conoció

la paz gracias a la recelosa rivalidad de las dos dinastías extranjeras.

Y si Italia no contaba para nada en el contexto político, si sus señorías, reinos y ducados eran simples peones en el ajedrez de las grandes potencias, tampoco en el aspecto económico la península iba a entrar con buen pie en la era contemporánea.

Las repúblicas que antaño fueron emporios de riqueza, vegetaban en la nostalgia de tiempos mejores. Los banqueros de Génova y Venecia ya no acaparaban el oro de América y los productos de Asia. El desplazamiento del eje del comercio europeo hacia el Atlántico y los enfrentamientos de la República veneciana con los turcos alejaban a Italia de las grandes rutas comerciales y reducían continuamente su papel frente a las nuevas potencias económicas.

En estas circunstancias, el medio rural adquiría un peso decisivo y la economía agraria se convertía en una actividad fundamental. Pese a ello, el mundo urbano seguía teniendo un peso enorme en la vida italiana. Nápoles era una de las mayores ciudades de Europa. Roma, Florencia, Milán o Venecia eran todavía centros de un activo comercio de productos agrícolas y artesanales. La poderosa burguesía urbana mantenía el poder económico que la caracterizara en los siglos XV y XVI.



Pío VI.

Déspotas ilustrados

La coyuntura italiana del XVIII ofrecía, pues, un doble aspecto que tendría una notable incidencia sobre el lento proceso unificador del XIX. De un lado, el aumento del peso de la sociedad rural, producido por la decadencia de la actividad comercial y por los adelantos agrícolas. De otro, el mantenimiento de la vida urbana y de la importancia social y económica de la burguesía de las ciudades italianas. Por una parte, el mundo del campesino, apegado a tradiciones de corte feudal: por otra parte, el mundo del hombre de la ciudad, más dinámico e innovador.

Al frente de esta sociedad se colocaron durante el siglo XVIII una serie de gobernantes que pretendieron acelerar determinados aspectos de la evolución social y económica. Eran los *déspotas ilustrados*, monarcas de los diversos Estados peninsulares que, con la vista fija en los modelos francés o austriaco, intentaron

reformarlos bajo unos supuestos de racionalismo y progreso material.

El ejemplo francés inspiró a los monarcas napolitanos, cuyo ministro Tanucci expulsó a los jesuitas e impulsó una reforma de la Administración. Igual sucedió en Parma, donde el duque Felipe se empeñó en una lucha contra los privilegios de la Iglesia y en favor de la modernización del aparato del Estado.

Pero quizá el *déspota* más característico del periodo sea el gran duque de Toscana, Leopoldo, hermano del emperador austriaco José II. No sólo combatió el poder del clero, que era una rémora para el progreso de Toscana y un obstáculo para su propio poder, sino que reformó el código penal suprimiendo la pena de muerte, adoptó un cierto liberalismo económico e incluso proyectó una Constitución que, de haberse aplicado, hubiera conducido al establecimiento de un régimen representativo.

Sin embargo, el alcance de todas estas reformas era muy limitado. En nada afectaban a la estructura social, enormemente desigual. Tampoco alteraban el sistema de propiedad de la tierra, en manos de unos pocos aristócratas. Las medidas regalistas y de reforma administrativa beneficiaban principalmente al propio monarca y al círculo de burócratas *ilustrados* que le rodeaba. Pero la burguesía de los diferentes Estados italianos, que hubiera podido impulsar las innovaciones, quedaba marginada del poder y no veía cumplidos sus deseos de reformas profundas.

Finalmente, la falta de apoyo popular, la resistencia de la Iglesia y la nobleza a su pérdida de influencia y los problemas estructurales terminaron haciendo fracasar la política reformista de los *déspotas* italianos y a finales de siglo la península había vuelto a su estado habitual.

La Revolución Francesa

El proceso revolucionario iniciado en Francia en 1789 alteró sensiblemente la situación italiana.

La Revolución Francesa supuso el ascenso al poder de los representantes de amplias capas de la burguesía gala y la puesta en marcha de un experimento de transformación casi total de las estructuras sociopolíticas. La proclamación de la República o la ejécución de Luis XVI no fueron sino aspectos visibles de un gigantesco proceso de cambio.

Una de las aportaciones fundamentales de la Revolución al pensamiento liberal, que maduraba a su sombra, fue el concepto de la solidaridad de los pueblos frente a la tiranía. La Convención prometió solemnemente, en noviembre de 1792, *fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad*. Francia, sitiada por los partidarios del antiguo régimen, se dispuso a combatir por los ideales revolucionarios. Durante los veinte años siguientes, el mundo iba a asistir a transformaciones fundamentales.

En Italia, los sucesos de la nación vecina no causaron gran conmoción. Tan sólo grupos muy reducidos de intelectuales y funcionarios estaban en condiciones de comprender su alcance. Y la mayoría de ellos se encontraban lo suficientemente comprometidos con la política *ilustrada* como para aceptar los cambios revolucionarios.

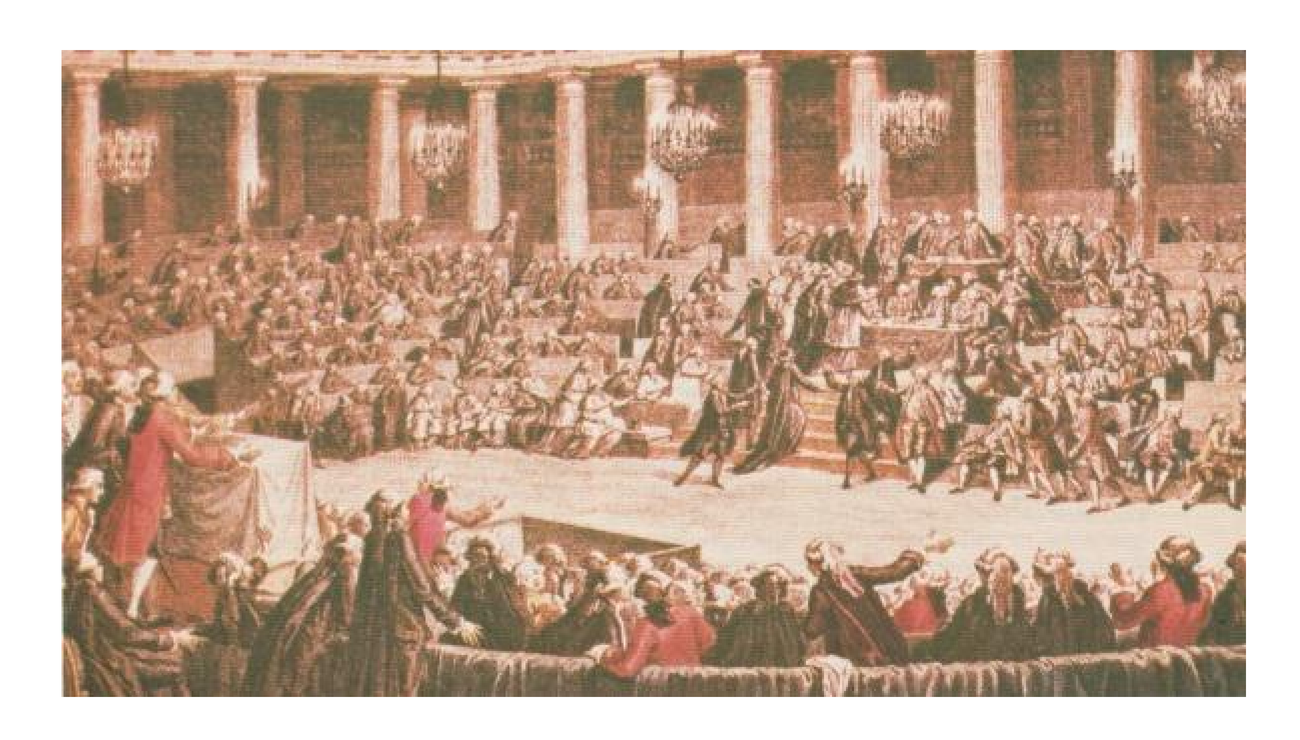
Además, el ofrecimiento de ayuda por parte de la Convención se prestaba a un equivoco. El sentimiento nacionalista no tenía cabida en Italia, donde no se planteaban proyectos de unificación por lo menos desde el siglo XVI. En tal sentido, un ofrecimiento a los *patriotas* italianos hubiese carecido de lógica. Pero el republicanismo podía resultar atractivo para ciertos círculos de intelectuales preliberales, donde se consideraba fracasada la política de los *ilustrados*.



Napoleón. Cruce del Monte San Bernardo (xilografía de Epinal).

Temerosos de ello, los gobernantes italianos, que se integraron en la coalición antifrancesa —salvo Venecia y Toscana— pusieron buen cuidado en aislar y suprimir cualquier brote de republicanismo en sus Estados. Como consecuencia, un reducido número de simpatizantes de la Revolución hubo de buscar refugio en Francia.

Entre quienes abandonaron Italia por sus ideas destacó el pisano Felipe Buonarroti, un abogado de tendencias jacobinas que terminó secundando a Babeuf en su *conspiración de los Iguales*. Buonarroti orientó sus esfuerzos a convencer a los franceses para que intervinieran en Italia.



La Asamblea Nacional francesa vota la abolición de los usos feudales.

En el año 1796, los ejércitos franceses cruzaron los Alpes. Al mando de Napoleón Bonaparte, las tropas revolucionarias derrotaron a los austriacos y a sus aliados italianos en una rápida y brillante campaña. Mondovi, Lodi, Rivoli, Arcole…, unos pocos combates pusieron en manos del Directorio galo toda la llanura del Po.



Napoleón Bonaparte corona como emperatriz a su esposa Josefina en presencia del papa Pío VII.

La paz de Campoformio (octubre de 1797) alteró profundamente el mapa italiano. Los viejos Estados monárquicos dieron paso a un cinturón de *repúblicas hermanas* aliadas de Francia: la Cispandana, la Ligur, la Cisalpina, la Romana, etcétera. Tras la paz de Luneville (1801) surgió la República italiana, que devolvía así su sentido político al nombre.

Sin embargo, los republicanos italianos no tenían motivos para sentirse satisfechos. Napoleón pactaba por su cuenta el futuro de Italia. Las nuevas repúblicas habían sido puestas bajo el control del ejército francés. Cuando los exiliados, vueltos a la península con el ejército invasor, pretendieron crear la República de Alba, en territorio piamontés, se encontraron con que los franceses se lo impedían en nombre del rey de Cerdeña. Finalmente, la anexión del Piamonte a Francia fue un duro golpe para las aspiraciones de los exiliados.

En realidad, el Directorio galo temía el radicalismo jacobino de Buonarroti y sus compañeros. Además, los políticos de París eran

conscientes del escaso eco que las proclamas nacionalistas encontrarían en el pueblo italiano. Un miembro del Directorio afirmaba que los italianos, *corrompidos por el despotismo, no están preparados para la libertad*.

La Italia de Napoleón

Bajo el dominio del ejército de Napoleón, Italia siguió los destinos de Francia. Las diferentes repúblicas que cubrían la península recibieron Constituciones copiadas de la francesa. Se suprimió el régimen feudal y se combatió la influencia del clero. Los *derechos del hombre* tuvieron una amplia difusión entre los italianos.

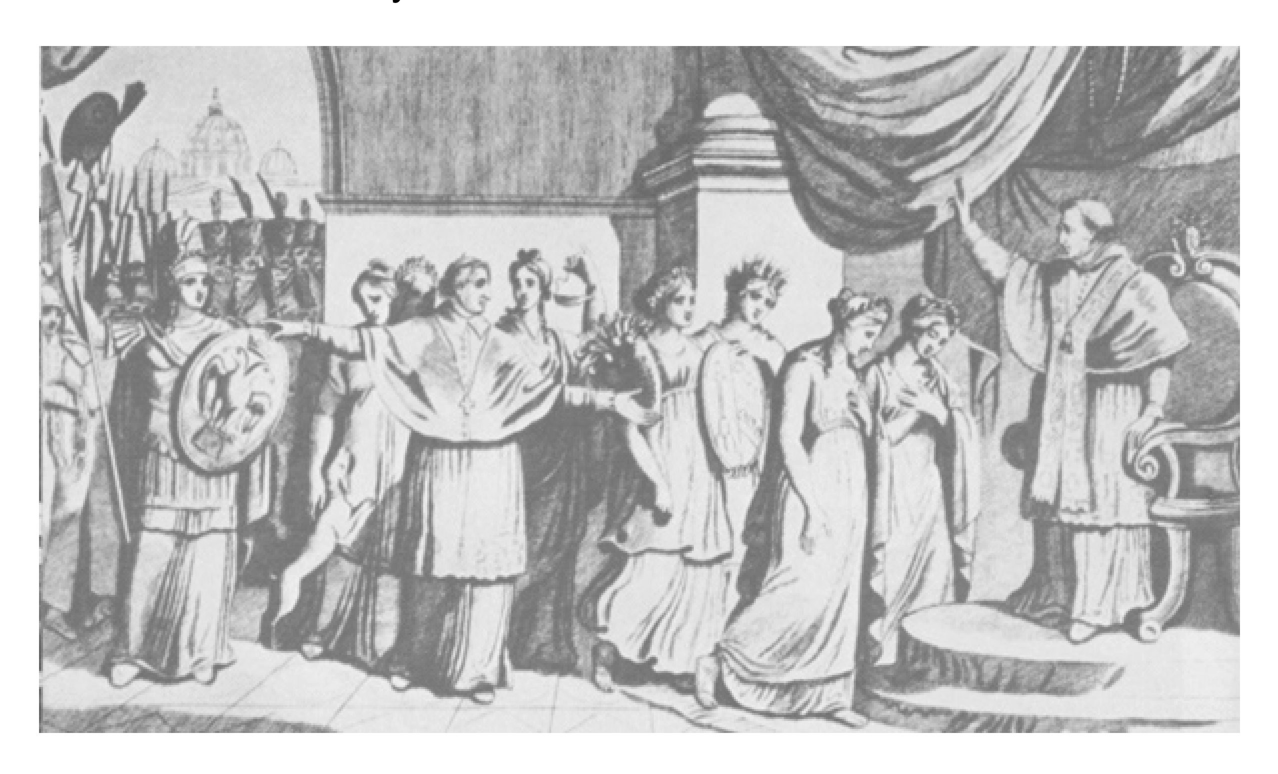
Al proclamarse e Imperio francés (1804), las tierras de la Italia septentrional se convirtieron en el reino de Italia, bajo la soberanía del propio Napoleón y la regencia de Eugenio de Beauharnais.

No entraba en los planes del emperador francés una unificación de la península. Toscana y el Lacio fueron incorporadas, sin más, al Imperio. Nápoles fue dado a José Bonaparte y luego al mariscal Murat.

Los *patriotas* eran mal vistos por las autoridades. Su pasado republicano les hacía sospechosos para los imperiales y su radicalismo casaba mal con el conservadurismo de que hacía gala la Italia napoleónica. Quienes apoyaban a los franceses, quienes formaron los cuadros de la Administración en Italia y Nápoles fueron los *ilustrados*, los servidores de los monarcas absolutos que habían alentado las reformas del siglo precedente y que veían en la situación un medio de continuarlas. El paralelismo con los *afrancesados* españoles resulta evidente.

Frente a estos hombres se movían otros dos grupos. Los partidarios del antiguo régimen, refugiados en los territorios legitimistas de Sicilia y Cerdeña y apoyados por el clero y la nobleza rural. Y la burguesía liberal, ganada para la causa nacionalista en los años precedentes y contraria a la hegemonía francesa, tanto por

oposición a la dictadura napoleónica como por patriotismo. Este último sector era muy minoritario.



Alegoría del cardenal Consalvi, negociador de la revolución de los Estados Pontificios a Pío VII en el Congreso de Viena, 1815.

En 1814 se derrumbó el Imperio francés. Los austriacos penetraron en Italia y atacaron a las tropas de Eugenio. Murat, pensando sólo en salvar su trono napolitano, se lanzó también al ataque contra los franceses. Decidido a apoyarse en los nacionalistas frente a las reivindicaciones del rey Fernando, en su exilio de Sicilia, lanzó la proclama de Rímini, resumen de las reivindicaciones del sector patriota y que terminaba así:

Llamo a mi alrededor a todos los valientes para combatir; llamo igualmente a cuantos hayan meditado profundamente acerca de los intereses de su patria, a fin de preparar y disponer la Constitución y las leyes que habrán de regir en adelante la feliz Italia, la independiente Italia.

Empeño inútil. Expulsado primero de su reino, el ex general francés seria fusilado por sus propios súbditos tras un desembarco

frustrado en las costas napolitanas. El porvenir de Italia ya no dependía de los italianos, sino de los vencedores de Napoleón.

La Italia de Metternich

El Congreso de Viena, celebrado por los países europeos a lo largo de los años 1814 y 1815, se impuso, como tareas primordiales, la vuelta a un *status* territorial próximo al de 1789 y la lucha contra cualquier brote revolucionario que surgiera en el continente. Lo primero se lograría mediante la modificación de las fronteras. Lo segundo, con la creación de la Santa Alianza, que garantizaba la intervención de las potencias para apagar cualquier foco revolucionario.

El príncipe de Metternich, canciller austriaco, hizo valer los intereses de su país en la reorganización de Italia. Los monarcas expulsados por Napoleón volvieron a sus tronos bajo la protección de las armas imperiales. La Lombardía y el Véneto se convirtieron en territorios administrados por el Gobierno de Viena.

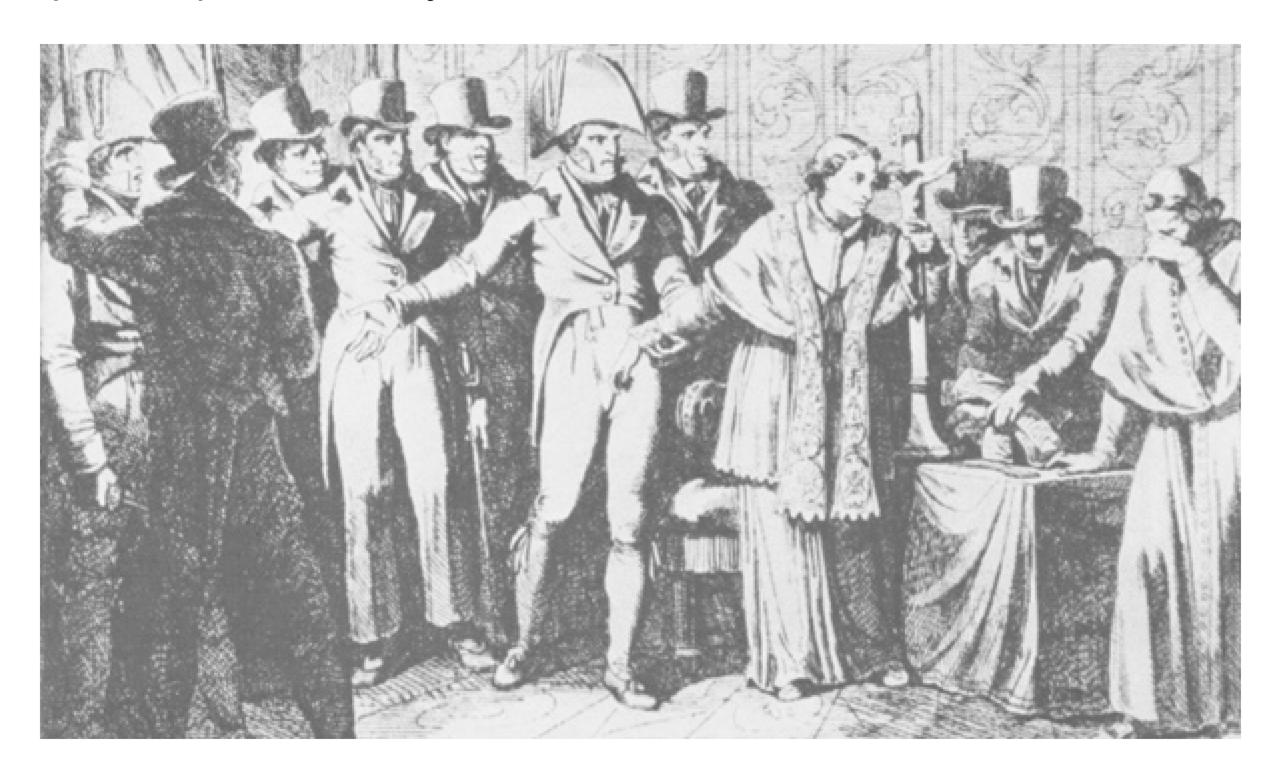
El resto de la península se repartió entre dos reinos —Cerdeña y Dos Sicilias—, cuatro ducados —Parma, Módena, Lucca y Toscana — y los Estados pontificios, regidos por el Papa.

Cualquier aspiración nacionalista quedaba marginada en el nuevo sistema. Los austriacos no sólo controlaban el norte de Italia, sino que los cuatro ducados se encontraban bajo gobernantes de la casa de Habsburgo. El Papa, siempre temeroso de que un movimiento liberal le arrojase nuevamente de sus Estados, era un acólito de la política austriaca. Y los reyes de Cerdeña y Dos Sicilias tenían que contrapesar la influencia vienesa con una fuerte dosis de sumisión a los intereses británicos.

Y, sin embargo, la población de los Estados italianos soportó la Restauración con la misma calma con que había recibido la dominación francesa. Los monarcas restaurados hicieron todo lo posible para contentar a sus súbditos. En realidad conservaban una veta de *despotismo ilustrado*. Apenas se persiguió a los

colaboracionistas. El Código Civil napoleónico, monumento de liberalismo, fue conservado en varios Estados y no se restauró en su totalidad el sistema feudal. Determinadas libertades individuales fueron mantenidas. Sólo Módena y los Estados pontificios se apartaron de esta tónica.

Pero, a la vez, se devolvió su influencia a la Iglesia y sus privilegios a la nobleza terrateniente y se montaron convincentes aparatos policíacos bajo la dirección de los austriacos.



Arresto de Pío VII por los franceses en el Quirinal, 5 de julio de 1809.

La nueva situación sólo encontró oposición seria en reducidos sectores de la sociedad italiana En primer lugar, entre los *patriotas* y los liberales. Unos veían frustrados sus sueños unificadores y otros contemplaban con desagrado el nuevo ascenso del absolutismo.

Los carbonarios

Después entre quienes habían servido a los franceses Estos reaccionaron especialmente en Nápoles, pese a que Fernando I y

su ministro Luis de Médicis se esforzaban en recuperar para el régimen a los colaboradores de Mural Los oficiales del ejército fueron mantenidos en sus puestos y también muchos funcionarios civiles, pero —al igual que pasaba en Francia o en España— las necesidades militares en tiempo de paz eran menores que durante las guerras napoleónicas y muchos oficiales recibían una paga miserable o se encontraban en situación de virtual retiro Pronto se entendieron liberales y muratistas

La oposición al absolutismo se plasmó en las sociedades secretas, de larga tradición en Italia. Y más concretamente en el carbonarismo Esta sociedad había surgido hacia 1807 con un origen masónico Al servicio de la causa fernandina, en principio, se convirtió luego en una fuerza contraria a la Restauración.

La organización era muy compleja, como correspondía a su forma de actuación. Los carbonarios se dividían en *maestros* y *aprendices* Veinte *carbonari* formaban una *venta*, dirigía por tres *luces*; los representantes de veinte *ventas* constituían una *venta madre*, que celebraba reuniones denominadas *chozas*. Los delegados de las *ventas madres* formaban la *venta alta* o suprema

Los carbonarios tomaron su aparato iniciático de los masones. Se identificaban mediante signos convenidos y los novicios tenían que pasar por pruebas durísimas y realizar solemnes juramentos de luchar contra los tiranos.

Aunque estas actividades puedan parecer poco serias, los carbonarios eran muy conscientes de su función política. Sus células se infiltraban en las unidades militares y hacían adeptos entre los elementos burgueses. Pronto la organización tuvo seguidores en toda Italia, especialmente en Nápoles, Piamonte y los Estados pontificios.

No obstante, la organización carbonaría adolecía de dos defectos fundamentales. En primer lugar, su elitismo político y la inconcreción de su programa, que le impedía conectar con las masas populares y hacerlas partícipes de su acción revolucionaria.

En segundo lugar, la falta de un auténtico enunciado nacionalista. A diferencia de Buonarroti y otros exiliados, los carbonarios no poseían una visión muy clara de Italia como nación En la mayoría de los casos trataban de liberalizar las estructuras de sus propios Estados o soñaban con un modelo federalista Ello y la falta de dimensión popular contribuirían a frustrar sus dos grandes actuaciones las revoluciones de 1820 y de 1830.



Celebraciones paganas en la plaza de San Pedro durante el período republicano, por Felice Giani.

El 1 de enero de 1820, una unidad del Ejército español se sublevó en las proximidades de Cádiz. El coronel Riego proclamó la Constitución de 1812. Temeroso de perder el trono, Fernando VII juró el texto constitucional.

La revolución de 1820

Apenas llegaron al reino de las Dos Sicilias las noticias de los sucesos españoles, el general Pepe se pronunció al frente de sus

tropas en Nola. Fernando I se apresuró a jurar, a su vez, la Constitución española.

El movimiento se transmitió después al Piamonte, donde antiguos oficiales napoleónicos como Santorre di Santa Rosa, obligaron al monarca sardo, Carlos Félix, a nombrar regente a su hermano Carlos Alberto, bien visto por los liberales.

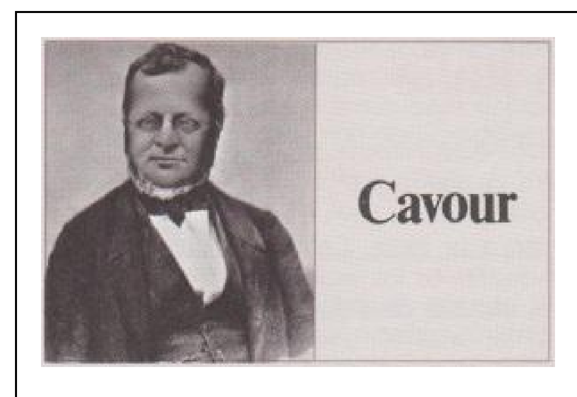
Las potencias de la Santa Alianza se asustaron. Si el ejemplo de España e Italia cundía, seria el final de la Restauración. Reunidos los representantes de la Alianza en Troppau, no pudieron llegar a un acuerdo práctico, pero en 1821 se volvieron a reunir en Laybach. Allí acudió Fernando I de las Dos Sicilias en demanda de protección contra los liberales.

Esta vez la Santa Alianza decidió intervenir. Carlos Alberto traicionó a sus aliados y la experiencia liberal en el Piamonte terminó mal. Por su parte, los napolitanos fueron derrotados por los austriacos en Rietti y el rey Fernando pudo entrar nuevamente en la capital y recuperar las riendas del poder. Después se entregó a una feroz represión contra cuantos elementos se habían destacado durante el régimen liberal.

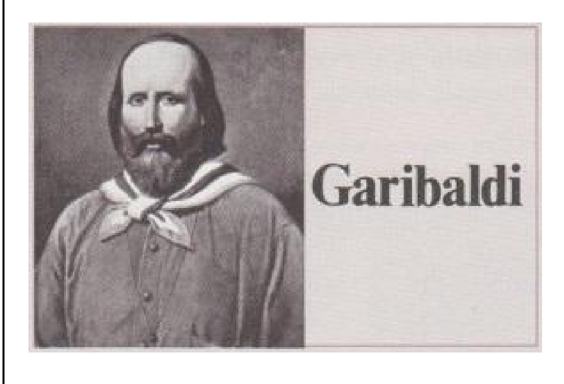
El experimento revolucionario fracasó. Los austriacos presionaron más a partir de aquel momento para evitar la repetición de los hechos. Pero los carbonarios siguieron con sus actividades subversivas y en los diez años siguientes intentaron repetidas veces un levantamiento que su fraccionamiento y su falta de apoyo popular hacían inviable.

No obstante, la revolución de 1820 tuvo una consecuencia fundamental, que marca en cierta forma el inicio del *Risorgimento* italiano. Su fracaso produjo una emigración bastante importante entre los liberales de la península. En París y en Londres, los grupos de exiliados entraron en contacto y se intercambiaron sus mutuas experiencias. Los viejos republicanos influyeron en los jóvenes carbonarios. Y entre aquellos grupos de hombres añorantes de su tierra prendió con fuerza un sentimiento nacionalista que supieron mantener para transmitirlo, diez años después, a la joven

generación que, con Mazzini a la cabeza, tomaría el relevo del liberalismo italiano. A partir de ese momento, la idea de una Italia unida cobraría creciente fuerza en las tierras al sur de los Alpes.



Camilo Benso, conde de Cavour, nació en Turín en 1810. Militar de carrera, abandonó el Ejército en 1831 a causa de sus ideas liberales. Tras dedicarse a los negocios, fundó en 1847 el periódico *Il Risorgimento* y un año después fue elegido diputado. Ministro en 1850, a partir de 1852 presidió el Gobierno. Estableció el liberalismo económico en Piamonte y buscó el acercamiento a Francia con la participación en la guerra de Crimea. Tras la entrevista de Pombliéres, logró el apoyo de Napoleón III a la guerra contra Austria, pero tuvo que entregar Saboya y Niza a Francia. Artífice de la unidad italiana, murió poco después del establecimiento del Reino de Italia, en 1861.



Giusseppe Garibaldi nació en Niza en 1807. Oficial de la Marina piamontesa, su colaboración con la Joven Italia de Mazzini le obligó a huir a Brasil y luego a Uruguay, donde combatió en favor de la causa liberal. Regresó a Italia con la revolución de 1848 y tomó parte en la República romana. El fracaso de la revolución le llevó al exilio, pero regresó a Niza en 1854 y en la guerra con Austria organizó un cuerpo de voluntarios. Al frente de los *camisas rojas* conquistó Sicilia y Nápoles (1860) y reconoció a Víctor Manuel II como rey de Italia. Tras intentar por dos veces ocupar Roma, se alistó en el Ejército francés en 1870 y combatió a los prusianos. Luego se retiró a la isla de Caprera, donde murió en 1882.

Españoles en Italia

La presencia española en Italia constituye una constante durante buena parte de los siglos medievales y a lo largo de la Edad Moderna. Primero en el marco de la expansión mediterránea de la Casa de Aragón y luego dentro de la política europea de Habsburgos y Borbones, la península italiana fue considerada por los monarcas ibéricos como zona natural de su influencia. Son muchos los personajes españoles cuya biografía aparece estrechamente unida a la historia de Italia, del mismo modo que las huellas de lo hispánico en la península son mucho más que una anécdota histórica.

La injerencia española en los asuntos italianos tomó cuerpo en 1282, guano un levantamiento popular en Palermo contra los Anjou —las *vísperas sicilianas*— permitió a Pedro III de Aragón coronarse como rey de Sialia. Quince años después, el papa Bonifacio VIII entregaba a Jaime II la investidura del reino de Cerdeña, dando principio a una larga guerra de conquista que la resistencia de los nativos prolongó hasta las primeras décadas del siglo XV.

La primera etapa de la aventura española en Italia concluyó con la conquista de Nápoles por Alfonso V el Magnánimo, en febrero de 1443. Con él, la presencia de catalanes y aragoneses se acentuó en la península, así como con la llegada al trono de San Pedro del papa Alejandro VI, el aragonés

Rodrigo Borgia, uno de los personajes más característicos de la Italia renacentista.
A partir de Sicilia, de Cerdeña y de Nápoles, los Reyes Católicos desarrollaron una ambiciosa política italiana que chocó con los proyectos franceses de recoger la herencia meridional de los Anjou. La suerte de las armas acompañó a los españoles en la contienda que se desarrolló entre 1495 y 1504, y los triunfos de Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán*, consolidaron el dominio de la monarquía hispana sobre el sur del país.



Carlos III, rey de España

Pero la guerra contra los franceses, reemprendida en 1511, llevó a Fernando el Católico y luego a su nieto, Carlos I, a una creciente intervención en los asuntos de Italia. Las primeras décadas del siglo XVI no sólo permitieron al monarca Habsburgo resucitar el sueño del dominio imperial sobre la península Sino que contemplaron la incorporación del ducado de Milán a los dominios españoles en la península y el establecimiento de un

protectorado más o menos declarado sobre Saboya. Génova, Toscana y el resto de los pequeños estados italianos. Eran los tiempos en que se producía entre los dos países un intenso intercambio cultural que dejaría profunda huella en ellos.

Pese al renacido poderío de la monarquía francesa de Luis XIII y Luis XIV, España pudo conservar el control de Italia durante el siglo XVII, contribuyendo quizás con su política imperial a retrasar el proceso de formación de una conciencia nacional unitaria en el pueblo italiano. A comienzos del setecientos, la Guerra de Sucesión española convirtió a Italia en campo de batalla entre Habsburgos y Borbones y cambió la hegemonía española por la de Austria, heredera de sus dominios territoriales. Pero la monarquía española no estaba dispuesta a renunciar a su papel en la península, y empleó largos años en guerrear con los austriacos hasta recuperar el ducado de Parma y el reino de Nápoles y Sicilia, donde se estableció como rey el futuro Carlos III.

Los caóticos años de la Revolución y el Imperio francés fueron los del ocaso de la presencia española en Italia. Pero todavía en 1849, como Si de un vestigio del pasado se tratase, un ejército español mandado por un Fernández de Córdoba pisó tierra italiana para reponer al papa Pío IX en el trono que le arrebataran los revolucionarios nacionalistas del 48.

Entre dos revoluciones (1830-1848)

Por José Ramón de Urquijo y Goitia

Historiador. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid

DURANTE la primera mitad del siglo XIX recorren Europa tres grandes crisis revolucionarias (1820-1824, 1829-34 y 1847-49). El segundo tercio del siglo es escenario de un desarrollo económico importante que como contrapartida, generara grandes núcleos de proletarios industriales, nueva fuerza que aspirará a desempeñar un papel decisivo en las próximas crisis.

La revolución de julio de 1830 en Francia supuso un revulsivo para los movimientos europeos que veían renacer en Francia la tradición revolucionaria iniciada en 1789. Por otra parte la práctica desaparición de la Santa Alianza facilitaba la posibilidad de la *exportación revolucionaria*.

En agosto de ese mismo año la revolución estallaba en Bélgica, que se separó de Holanda, acción refrendada rápidamente por Inglaterra y Francia ansiosas del debilitamiento de las potencias conservadoras. En enero de 1831 Polonia se levantaba contra el Zar. A ello hay que unir tentativas como la realizada por Mina en España en 1830.

Italia tampoco fue ajena a este movimiento. En la base del mismo está la llamada *congiura estensa* por la participación del duque Francisco IV de Módena una de las personalidades mas reaccionarias de Italia.

El principal agente de la conjura fue Misley, que concibió la idea de poner al frente de la revolución al duque. Este hecho produjo sospechas sobre la sinceridad de los planteamientos de Misley.

El duque utilizó a Misley para espiar a los liberales. Desde 1827, Misley hizo varios viajes por Europa con la finalidad de contactar con los exiliados italianos que se mostraron dispuestos a reconocer a Francisco IV como jefe de un movimiento por la libertad y la independencia.



Luis Felipe de Orleans, nuevo rey de Francia tras la revolución de 1830 (por H. Vernet. Museo de Versalles, París).

El plan de los liberales era reunir a toda Italia bajo un gobierno monárquico representativo. La situación resultaba harto confusa sobre todo si tenemos en cuenta que Francisco IV se negó a reconocer al nuevo rey de Francia, Luis Felipe, a pesar de que incluso Austria lo había hecho.

Colaborando con Misley se hallaba Menotti, que logró crear varios comités insurreccionales en Bolonia. Romagna, Florencia, Parma y Mantua. Su proyecto era monárquico moderado.

La revolución de 1831

Ciro Menotti adelantó la sublevación ante el temor de una acción represiva de Francisco IV, pero éste —que logró enterarse a tiempo — capturó a los cabecillas de la conjuración la víspera, el 3 de febrero, y al mismo tiempo frustró la llegada de los que tenían que venir en su auxilio.

Pero el día 5 las noticias de las sublevaciones en otras ciudades obligaron al duque a abandonar Módena, ante la negativa de las tropas austriacas a intervenir en su ayuda. Los imperiales no se atrevían a sacar sus tropas de la Lombardía, donde se temían posibles altercados. El cha 9 todo el Ducado de Módena se había pronunciado en favor de los liberales, que nombraron un directorio.

La noticia de estos hechos provocó reacciones en cadena. Los sucesos del 10, 11 y 12 en Parma, cuyos habitantes exigían una constitución y la deposición del secretario de Estado, encontraron la cerrada oposición de la archiduquesa M.ª Luisa, que se marchó unos días más tarde. Un comité liberal se hizo cargo del poder, se desarmó al Ejército y se creó una milicia nacional.

El movimiento más importante tuvo por escenario Bolonia, y se inició el día 4 de febrero, al conocerse los sucesos de Módena. El monseñor, que regia Bolonia —por ausencia del cardenal Bernetti, que se encontraba en Roma para la elección del papa—, ante la presión popular nombró una comisión de ciudadanos que garantizasen el orden. La trayectoria de los sucesos boloñeses fue totalmente pacifica y estuvo dirigida por los sectores más moderados.

Entre el 5 y el 9 de febrero el movimiento revolucionario se extendió por las Legaciones y las Marcas, donde los gobernadores papales entregaron el poder a comisiones compuestas de nobles y burgueses. Hasta el 23 y 24 diversos territorios de los Estados Pontificios fueron sublevándose, salvo el Lacio.

En Roma, tras el fracaso de una sublevación en el pasado diciembre, no se produjo ninguna tentativa seria: por otra parte, los

liberales no tenían intención de atacar Roma con el fin de evitar una intervención francesa o austriaca.

Nada más conocerse las noticias de Italia, la Junta liberadora italiana de París publicó un manifiesto firmado por Buonarroti, Mirri, Blanco, Porro, Linati, Crescia y Borso. En él se remachaba la propuesta republicana, que por influencia de Buonarroti asumía caracteres, democráticos avanzados.

Más oscuro se manifestaba en el tema de la unidad, pues mientras se dirigía a todos los italianos de los Alpes a Sicilia, no explicitaba claramente la necesidad de una república unitaria. Ello evidenciaba las disputas existentes entre unitarios y federales.

La reacción de las potencias fue muy distinta. Si bien Francia, en principio, consintió la formación de grupos italianos que debían acudir a luchar, pronto prohibió tales actividades. A su vez, Austria estaba dispuesta a intervenir basándose en que los ducados de Módena y Parma formaban parte del Imperio Austriaco y sus duques lo habían solicitado. Además, el 19 de febrero el nuevo papa Gregorio XVI había solicitado la intervención austriaca en sus dominios.

La actuación militar austriaca se realizó con gran rapidez. El 4 de marzo, Francisco IV traspasó las fronteras de Módena en compañía de las tropas imperiales. Cinco días más tarde entraba en la capital, mientras el gobierno provisional huía a Bolonia. Casi al mismo tiempo caía Parma.

La ocupación de los territorios pontificios fue más lenta. El gobierno provisional firmó un pacto con el representante pontificio, que estaba preso, pero ni el papa ni Austria lo respetaron. La represión fue especialmente virulenta en Módena.

La revolución de 1831 se caracteriza por la nula resistencia de los gobiernos a las fuerzas revolucionarias y por la facilidad con que Austria ejecutó la represión. Por otra parte, hay que señalar que los nuevos gobiernos revolucionarios no quisieron ofrecer una resistencia unida a las tropas austriacas, en aras del principio de no

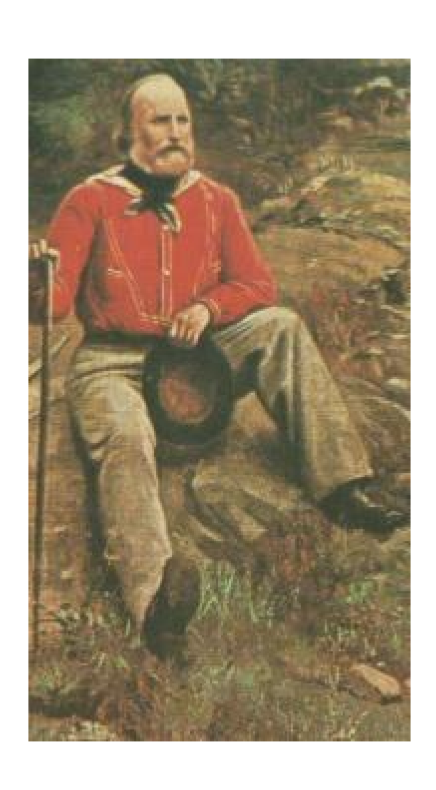
intervención. Creían, en especial en las provincias unidas del Estado Pontificio, que se respetaría su «status».

Para Candeloro, la escasa incidencia de los sucesos de 1831 descansa en la situación social que está en su base. Si la revolución se enmarcó en una crisis social amplia, en 1820-1821, en 1831 el descontento se circunscribía solamente a la *parte más activa y progresista de la burguesía y de la aristocracia aburguesada, molestas por el fraccionamiento político, por los obstáculos que casi todos los gobiernos ponían a la circulación de mercancías, hombres e ideas y por el carácter reaccionario de la legislación y de la administración de algunos estados*.

Mazzini

La actividad de las agrupaciones liberales no había sido muy eficaz, ni la política represiva de los gobiernos lo suficientemente activa para cortar numerosas conjuras. Solamente la grave situación social de los Estados pontificios fue propicia a una mayor extensión de la base insurreccional.

Los exiliados italianos en Francia no podían trasladar a Italia su republicanismo por la debilidad de los grupos republicanos. También se debatían entre la concepción unitaria y la federal.



Garibaldi en Caprera, Cerdeña.

Buonarroti era uno de los defensores más ardientes de la tendencia unitaria por razones sociales y por su concepción jacobina de la dictadura revolucionaria provisional.

Pero la gran figura de este periodo es, sin duda, Mazzini. Hijo de un antiguo liberal unitario, debe fundamentalmente su formación a sacerdotes, aunque ello no le deja prejuicios religiosos.

Deseaba una literatura laica, libre de la idolatría por la Edad Media y por las tradiciones católicas: democrática, capaz de expresar ideales colectivos y no sentimientos individualistas: europea, unida a la evolución cultural de Europa y encaminada a una educación civil, basada en la enseñanza de Foscolo, a quien admiraba mucho. Otra influencia que pesaba sobre Mazzini es la francesa, cosa lógica en aquel tiempo y más en un revolucionario.

Realizó su primera actividad política en las filas de la *Carbonería* genovesa, que no tenía actividad autónoma, sino que se limitaba a cumplir las determinaciones que las sociedades secretas le enviaban desde París.



En 1830 fue arrestado tras la delación de Doria. Liberado poco después, se vio obligado a escoger domicilio en una pequeña villa del Piamonte o en el exilio. De esta forma el 10 de febrero de 1831 abandonó Italia.

Su primer destino fue Ginebra, donde se encontraban numerosos exiliados italianos. De allí pasó a Lyon y Córcega, donde grupos liberales se preparaban a entrar en Italia. Tras el fracaso de ambas tentativas regresó a Marsella en abril de 1831.

En esta ciudad residía un importante núcleo de liberales italianos: en su compañía, Mazzini inició la puesta en práctica de una idea madurada durante su encarcelamiento: fundar una

asociación que con un programa y método de lucha nuevos pudiese infundir nueva vida a todo el movimiento nacional.

Su propósito no era crear un movimiento alternativo, sino hacer una labor fraccional dentro del carbonarismo, para adueñarse de la dirección.

En este momento se produjo un hecho fundamental en la evolución del liberalismo italiano. Carlos Alberto pasó a ocupar la corona del Piamonte. Muchos carbonarios confiaban en él. Con el fin de deshacer sus ilusiones, Mazzini le escribió una carta abierta en la que le ofrecía la oportunidad de ponerse al frente del movimiento nacional.



Carlos Alberto de Piamonte entra en Pavía, 29 de marzo de 1848 (Museo del Risorgimento, Roma).

Poco después, Mazzini escribió su *Istruzione generale per gli affratellati della Giovane Italia*. Para Candeloro, el programa, el método, la organización y el nombre mismo de *Joven Italia* nacen en contraposición a la Carbonería, al moderantismo cauto y doctrinario de los viejos liberales, al posibilismo sin principios, al gradualismo, al

provincianismo, al federalismo, a la tendencia a subordinar el movimiento italiano a la iniciativa extranjera.

El primer elemento que subraya Mazzini es la necesidad de una dirección adecuada. Su carencia llevó al fracaso los intentos revolucionarios de 1820 y 1831.

Como corolario imprescindible presentaba la necesidad de que el movimiento fuese autónomo, no supeditado a una dirección exterior. Ello se deriva de la convicción de que el movimiento nacional italiano había madurado y que la situación de Europa estaba a las puertas de una nueva ola revolucionaria.

Unidad y república

Mazzini cree que Italia está llamada a ser una nación. De esta forma elabora una visión romántica de su historia.

En el centro de esta concepción está la idea de progreso. Para él la revolución de 1830 en Francia fue el inicio de una irresistible revolución que debía transformar profundamente Europa. Por esta razón inserta su proyecto en el marco general europeo.

Frente al carbonarismo organizado de forma secreta y posibilista, concibe su Joven Italia con un programa claro, simple, público y difundido lo más posible entre todos los italianos.

Dos fines quedan fijados de forma fundamental en su programa: Unidad y república. Para él, la unidad no es sólo la mejor solución, sino la única posible, porque el problema italiano es esencialmente un problema nacional. Esta aportación mazziniana suponía la critica del *statu quo* político italiano: la fusión de los diversos estados. Su concepción es, en parte, heredera de la formación unitaria de Buonarroti.

La idea republicana es consecuencia de la afirmación igualitaria, ya que la república es la única que puede garantizar la igualdad entre los hombres. El influjo de las ciudades-estado medievales marca de forma clara su pensamiento: por otra parte, ninguno de los soberanos de la península tenía un carisma que pudiese oscurecer

a los demás. Además, Mazzini defendía la idea de que el pueblo italiano era fundamentalmente republicano.

Junto a estos principios establece dos métodos de lucha: educación e insurrección. *Estos dos métodos deben usarse de forma concordante y armonizada. La educación, con escritos, con el ejemplo, con la palabra debe terminar siempre en necesidad y en la predicación de la insurrección: la insurrección, cuando se realice, deberá hacerse de modo que resulte de ello un principio de educación nacional*.

El aspecto de la difusión de su ideario supone un cambio fundamental, ya que en dos o tres años toda Italia tenía conocimiento de sus ideas. Su insurrección presentaba también caracteres propios: debía ser popular: apoyarse en toda la nación, no en una clase; iniciada por italianos y no por impulso extranjero: dirigida por una autoridad dictatorial provisional, que traspasará el poder a una asamblea constituyente tras la liberación: dará principio a una guerra partisana.

Todo ello rompía con la tradición buonarrotiana que subordinaba la acción italiana a una revolución democrática en Francia.

Organización

Tras delimitar sus bases ideológicas, Mazzini se dedicó a la expansión de la sociedad entre 1831 y 1834. Se organizaba de forma centralizada:

— *Congrega centrale*: compuesto por Mazzini, Ruffini, Melgari y Blanco.

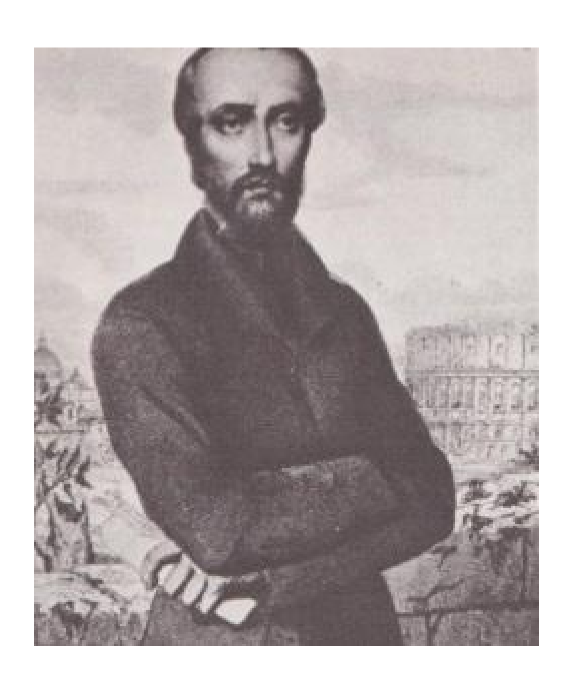
— *Congreghe provinciale*: nombrado por el órgano central en cada provincia.

La estructura se completaba con la organización que debía existir en cada ciudad. Los militantes se dividían en dos clases: propagadores y militantes simples.

La prensa mazziniana fue uno de los principales vehículos de expansión de la joven Italia. Tuvo especial incidencia en la juventud.

Si bien las viejas asociaciones existentes en el interior fueron integrándose con bastante rapidez o sufrieron su influencia, en el exterior Mazzini encontró gran resistencia entre los liberales exiliados. Los nuevos métodos, el programa unitario y su republicanismo suscitaban suspicacias.

Buonarroti, que aspiraba a una reforma de los carbonarios, fundó un nuevo grupo de inspiración jacobino-igualitaria llamado *Sociedad de los verdaderos italianos*. En 1832 ambas asociaciones se fundieron asumiendo fundamentalmente el ideario de Buonarroti. Pero las diferencias que les oponían les llevaron a la ruptura dos años después.



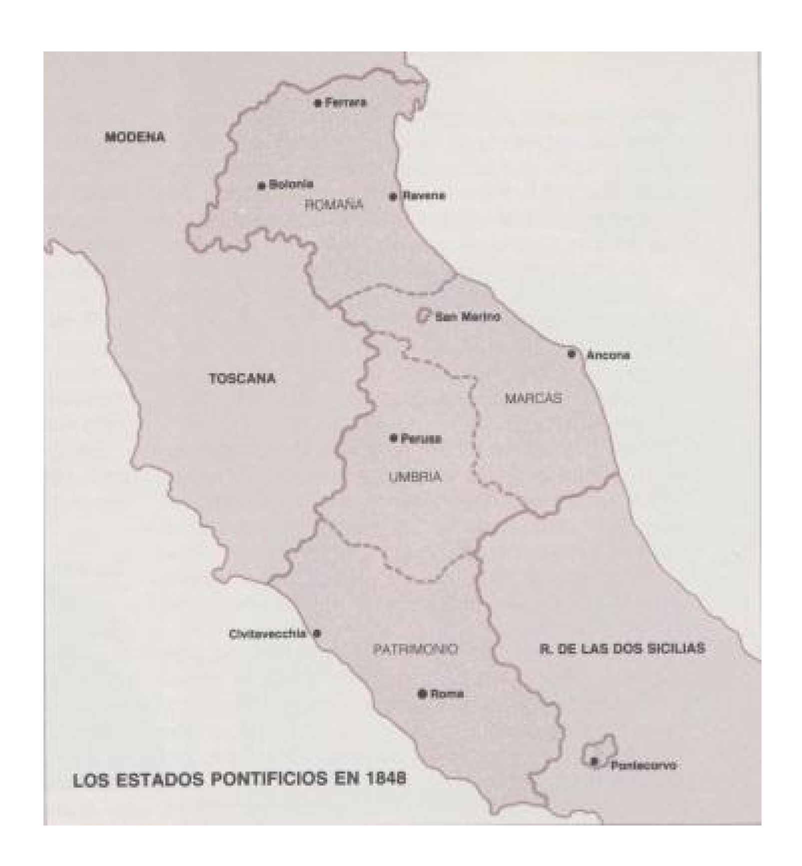
Giuseppe Mazzini

Tras la invasión austriaca de 1830 hubo una reunión en Roma, en la que participaron representantes de Francia, Austria. Rusia, Prusia e Inglaterra. Fruto de ella se redactó un memorándum dirigido al secretario de Estado Vaticano, cardenal Bernetti. En él los embajadores proponían una laicización del poder y ciertas concesiones políticas tendentes a aumentar la representatividad y la autonomía municipal. Bernetti respondió negativamente y nunca se preocupó de ponerlo en práctica.

Tras la retirada de las tropas austriacas, en julio de 1831, volvieron los incidentes a las legaciones pontificias. Ello dio motivo a una nueva intervención austriaca que ocupó Bolonia. Por su parte, Francia se apoderó de Ancona en un intento de contrapesar la influencia austriaca en Italia.

La dura represión realizada por la policía y las bandas parapoliciales pontificias abonó el terreno para la actuación de las sociedades secretas, que poco a poco fueron integrándose en la Joven Italia. Pero a pesar de que la situación parecía la más explosiva de Italia, la presencia de austriacos y franceses impedía cualquier sublevación.

En la mayoría de los territorios italianos la situación, no muy explosiva y la reciente represión (Ducados…), hacían imposible cualquier tentativa. En Nápoles el nuevo rey Fernando II parecía atraer las esperanzas de los liberales tras algunas primeras medidas favorables a los represaliados en 1821. Pero la política reaccionaria del rey posibilitó que los años 30 fuesen testigo de numerosos procesos insurreccionales, la mayoría de los cuales no llegaron a producirse.



El reino de Cerdeña era, sin duda, el terreno elegido por Mazzini para iniciar sus planes, debido a la facilidad de los contactos con Francia y a sus antiguas relaciones genovesas, todo lo cual se tradujo en una gran implantación de la joven Italia.

Un enfrentamiento entre dos militares provocó la delación de la empresa, de lo cual resultaron numerosas detenciones y una dura represión (21 condenas a muerte). La siguiente expedición se intentó desde Suiza, pero fracasó también, al igual que el conato que debía tener lugar en Génova y del que formaba parte Garibaldi,

El fracaso de las conspiraciones de 1833-34 provocó una crisis profunda de todo el movimiento patriótico. Además se produjo la ruptura definitiva entre Buonarroti y Mazzini, Todo ello provocó la casi completa desaparición de la organización. Mazzini, que vivía escondido en Suiza, fundó la joven Europa y posteriormente la Joven Suiza, de nula trascendencia práctica.

En 1839 Mazzini inició la reconstrucción de la Joven Italia, en la que introdujo algunas novedades. Su permanencia en Inglaterra le había sensibilizado hacia el problema obrero, por lo que creó una

organización particular de obreros. Con ello pretendía ampliar la base social del movimiento.

Cambios económicos y sociales

El desarrollo económico producido entre 1821 y 1846 (desarrollo agrícola, industria textil…) contribuyó a modificar la fisonomía económica de Italia y a estimular ulteriores cambios.

Este proceso provocó importantes mutaciones sociales: un gran desarrollo de la burguesía agraria: la proletarización de numerosos campesinos: desaparición de numerosas tierras comunales: desarrollo de un proletariado industrial especialmente en el norte.

El desarrollo económico hacia cada vez mayor la diferencia entre la situación política general del país y su situación social. La nueva situación económica necesitaba un gobierno único para toda Italia que asumiese la tarea de creación política del mercado nacional y de sus medios (ferrocarril…).

No es necesario decir que esta burguesía no aspiraba a cambios revolucionarios, sino más bien a una transformación progresiva de los regímenes. Desde 1840 la burguesía moderada demostró gran capacidad de organización que tras la publicación del *Primato* de Gioberti desembocó en un movimiento político. A su éxito contribuyó también el fracaso de los movimientos mazzinianos de 1843-44.

Gioberti, sacerdote sardo, que debió salir al exilio en 1834, se alejó posteriormente de las ideas mazzinianas. Criticaba el método insurreccional, su republicanismo… Frente al laicismo mazziniano, Gioberti presentaba la necesidad de conceder a la Iglesia un papel rector en el plano cultural y político. Además despreciaba el principio de la acción popular, que se debía reducir a mero apoyo sin tener un papel rector en el movimiento reformador. Proponía una confederación italiana presidida por el Papa.

En opinión de Mazzini, la obra de Gioberti está llena de *ultracatolicismo, de elogios a Carlos Alberto y de todas las tonterías posibles*.

La revolución de 1848

La elección de Pío IX el 16 de julio de 1846 supuso un reforzamiento de la corriente moderada, alternativa a Mazzini, el intento de acuerdo entre los príncipes y el pueblo que encauzase las reformas administrativas. Para Hobsbawm los moderados ponían sus esperanzas de reforma en unos gobiernos suficientemente dúctiles y en el apoyo diplomático de los nuevos poderes liberales.

El movimiento reformador estuvo dirigido por los moderados, que se inspiraban en Gioberti, Balbo y D'Azeglio, e intentaban mayor libertad de imprenta y de reunión, renovación de la estructura administrativa, participación en el poder local…

Mazzini redujo sus principios democráticos a fin de lograr entrar en esta dinámica, insistiendo fundamentalmente en la unidad. Mazzini pensaba que su Partido de Acción debía actuar en la corriente moderada, de forma que cuando se produjese el enfrentamiento entre los príncipes y los sectores moderados, él pudiese asumir la iniciativa.

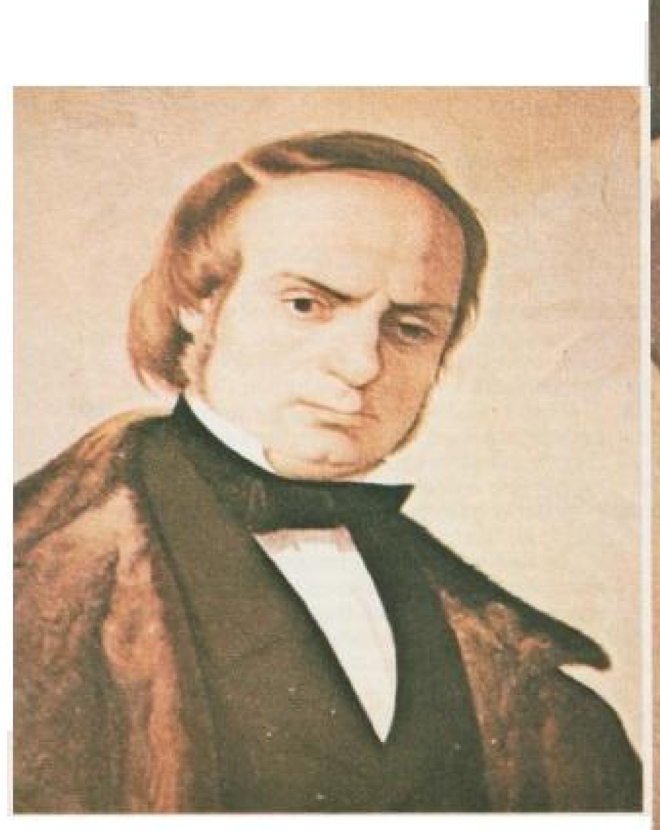
La prensa clandestina fue uno de los elementos fundamentales de la agitación de los liberales. Por ello los gobiernos pontificio y toscano aprobaron medidas menos restrictivas en materia de censura, a fin de evitar la proliferación de la prensa clandestina.

En junio de 1847 la presión popular en los estados pontificios consiguió dos importantes concesiones: creación del Consejo de Ministros y de los Cuerpos de la Guardia cívica. Todavía los moderados eran el grupo principal de los reformadores, por lo que la Guardia cívica tenía una doble misión: protección de las conquistas políticas liberales y mantenimiento del orden público, ya que la carestía que asolaba Roma en aquellos momentos había provocado numerosos motines y saqueos.

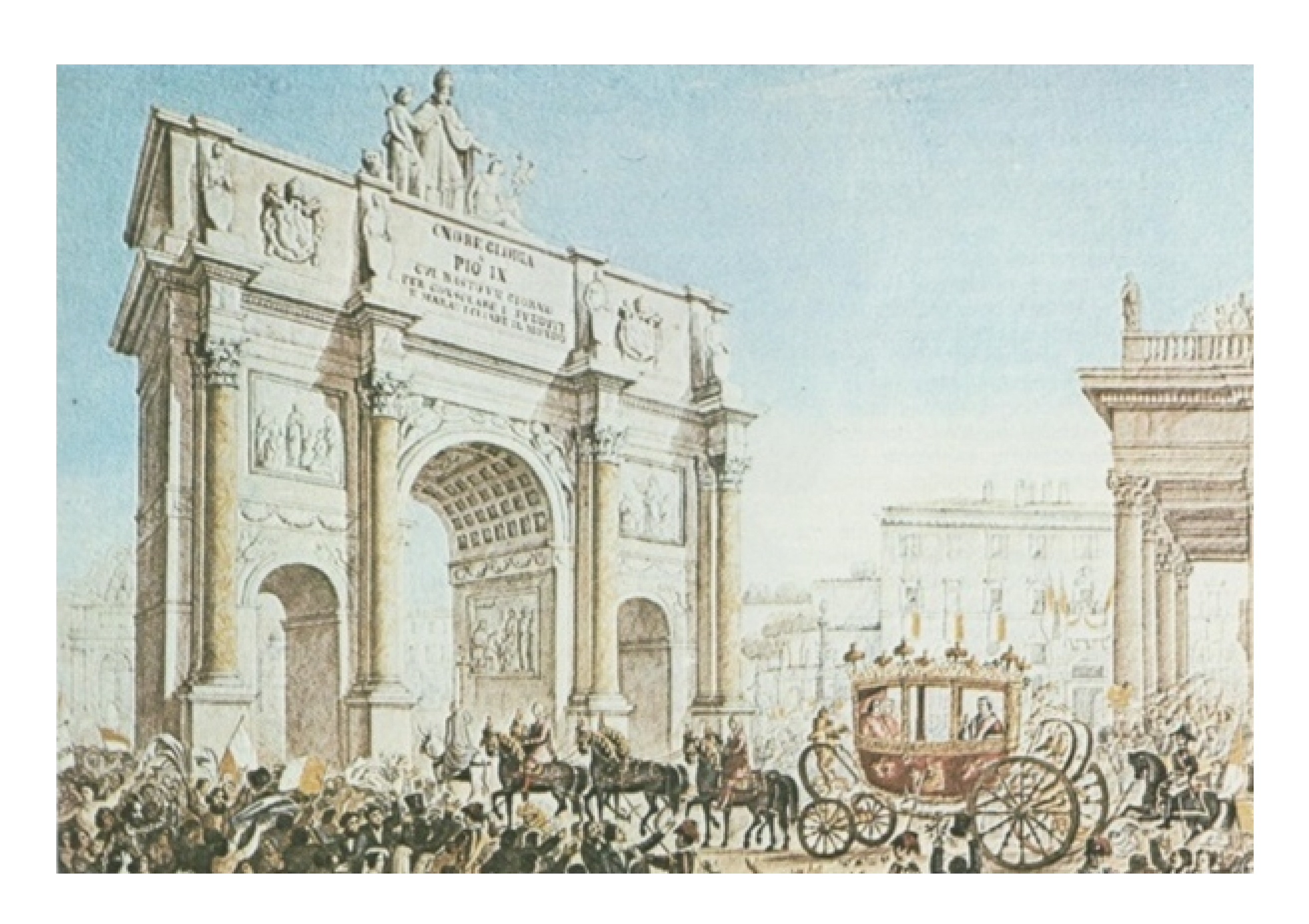
Un proceso semejante se dio en otros estados italianos durante la segunda mitad del año 1847. En Nápoles desde 1832-33, el rey mantuvo una dura política represiva, pero este año la burguesía mantuvo una fuerte presión en contra. En Lombardía la crisis

económica y el sistema político había debilitado la base social del poder austriaco.

Durante el mes de octubre el reino de Cerdeña fue escenario de numerosas manifestaciones solicitando reformas. A finales del mes, Carlos Alberto consintió en una mínima liberalización del sistema, entre ellas una disminución de la censura.




Vicenzo Gioberti / Giuseppe Garibaldi



Pío IX en el arco triunfal de la Piazza del Popolo, Roma.

La sublevación popular en Italia se produjo en el lugar donde el régimen era más opresivo: el reino de Nápoles-Dos Sicilias. El 12 de enero de 1848 estalló en Palermo la sublevación.

En esta ciudad se unían dos problemas: el de la política represiva general del rey Fernando II y los problemas derivados del enfrentamiento regional de Sicilia, cuyas aspiraciones de autonomía habían sido cortadas sistemáticamente.

En la sublevación tuvieron un papel fundamental los demócratas: ante ello, burguesía y aristocracia apoyaron el movimiento en un intento de reconducirlo.

Tal finalidad tuvo la creación de la Guardia Nacional con una composición social muy restrictiva, a fin de garantizar el orden público: una de sus primeras misiones fue la disolución de las escuadras campesinas, cuyo papel en la insurrección había sido importante.

Tras Sicilia, varias sublevaciones se sucedieron en el reino napolitano. Obligado por ellas. Fernando II concedió en febrero una constitución, más bien una carta otorgada, al estilo de la francesa de 1830.

Solución republicana

Los sucesos sicilianos dieron un nuevo empuje a los movimientos liberales de Cerdeña, Toscana y los Estados Pontificios.

El 8 de febrero, Carlos Alberto, rey de Cerdeña-Piamonte, publicó un decreto anunciando la creación de instituciones parlamentarias y una mayor libertad de prensa. Obviamente se trataba de un texto muy conservador en que el ejecutivo se guardaba numerosas prerrogativas.

Al igual que en el resto de Italia, la prensa tuvo un gran papel dirigente en Toscana en la lucha por el logro de las libertades. El 11 de febrero consiguieron su constitución.

Distinto cariz presentaba la agitación en la Lombardía. Dos factores se mezclaban en esta crisis: la petición de libertades y el odio al invasor. En principio la respuesta fue una dura represión y la detención de los cabecillas Manin y Tommaseo. Pero el estallido de la revolución en Viena y la caída de Metternich cambió la situación. Se liberó a los detenidos y se creó la Guardia cívica.

Si bien Manin, en un primer momento, apoyaba la acción legal, pronto empezó a defender la necesidad de eliminar el poder austriaco, lo cual le enfrentaba a los moderados, que aspiraban a pactos con los imperiales. El 23 de marzo, Manin, ayudado por el pueblo veneciano y los soldados del ejército austriaco residentes en la plaza, italianos de nacimiento, proclamó la República de San Marcos.

Poco a poco, las ciudades de Lombardía fueron suprimiendo el poder austriaco. El 18 de marzo se sublevó Milán con una

participación popular muy activa. Al mismo tiempo voluntarios de toda Italia acudían a reforzar la sublevación de la Lombardía.

A fines de marzo, Carlos Alberto publicó una proclama apoyando a los lombardos. Su finalidad, más que satisfacer el ansia nacional, era reconducir un proceso que podría resultar peligroso e intentar la ampliación de su reino dominando la Alta Italia.

Las clases populares habían jugado un papel importante en la victoria en toda Italia y aspiraban al logro de ciertas mejoras. Esto provocó el retraimiento de los moderados y la posibilidad de la restauración absolutista.

Hacia Gaeta

En abril, Pío IX se distanciaba de la causa nacional condenando la guerra: el 15 de mayo Fernando de Nápoles suprimió todas sus reformas. Obviamente, ello supuso la retirada de las tropas que ambos estados habían enviado para apoyar la expulsión de los austriacos.

Al mismo tiempo se inició la contraofensiva de los imperiales para reconquistar la Lombardía y el Véneto. La derrota de Carlos Alberto, y con ella la de los moderados, supuso la consolidación de los republicanos.

Esta radicalización de los planteamientos democráticos tuvo especial incidencia en los Estados Pontificios. Las diferentes crisis del Gobierno romano, la presión austriaca y las maquinaciones de Pío IX alteraron tanto la situación que el 24 de noviembre el papa abandonó Roma para refugiarse en Gaeta.

Entonces los grupos más radicales, en los que la influencia de Mazzini era importante, acentuaron la presión en favor de la solución republicana, que debía realizarse a través de una asamblea constituyente. El 9 de febrero de 1849 se proclamó la República romana. Inmediatamente se llamó a Mazzini para formar parte del triunvirato que gobernó la República.

La derrota en Novara (23-III-1849) supuso la abdicación de Carlos Alberto y el inicio de la represión en el Piamonte. Prácticamente toda Italia estaba pacificada, sólo faltaba el problema de la República Romana. Su eliminación provino de Francia, deseosa de contrapesar la influencia austriaca.

A pesar de la derrota, la influencia del 48 fue decisiva en los sucesos posteriores de Italia, en los que se gestaron las condiciones para la solución del problema del Estado unitario e independiente, pero también para el triunfo de las fuerzas moderadas.

Mazzini y el republicanismo italiano

Por Alejandro Pizarroso Quintero

Historiador. Universidad Complutense de Madrid

A pesar del fracaso generalizado de la oleada revolucionaria del cuarenta y ocho, los demócratas europeos saldrán de la experiencia prestigiados y optimistas. Creen que no se prolongará demasiado la etapa represiva y que ésta, mas que dispersar a las fuerzas revolucionarias, les dará nuevos bríos.

Frente a los liberales moderados y posibilistas los demócratas revolucionarios habían sabido recuperarse de Su falta de iniciativa en los primeros momentos de la marea revolucionaria con Su posterior resistencia encarnizada —en 1849— en Roma, Venecia y Hungría.

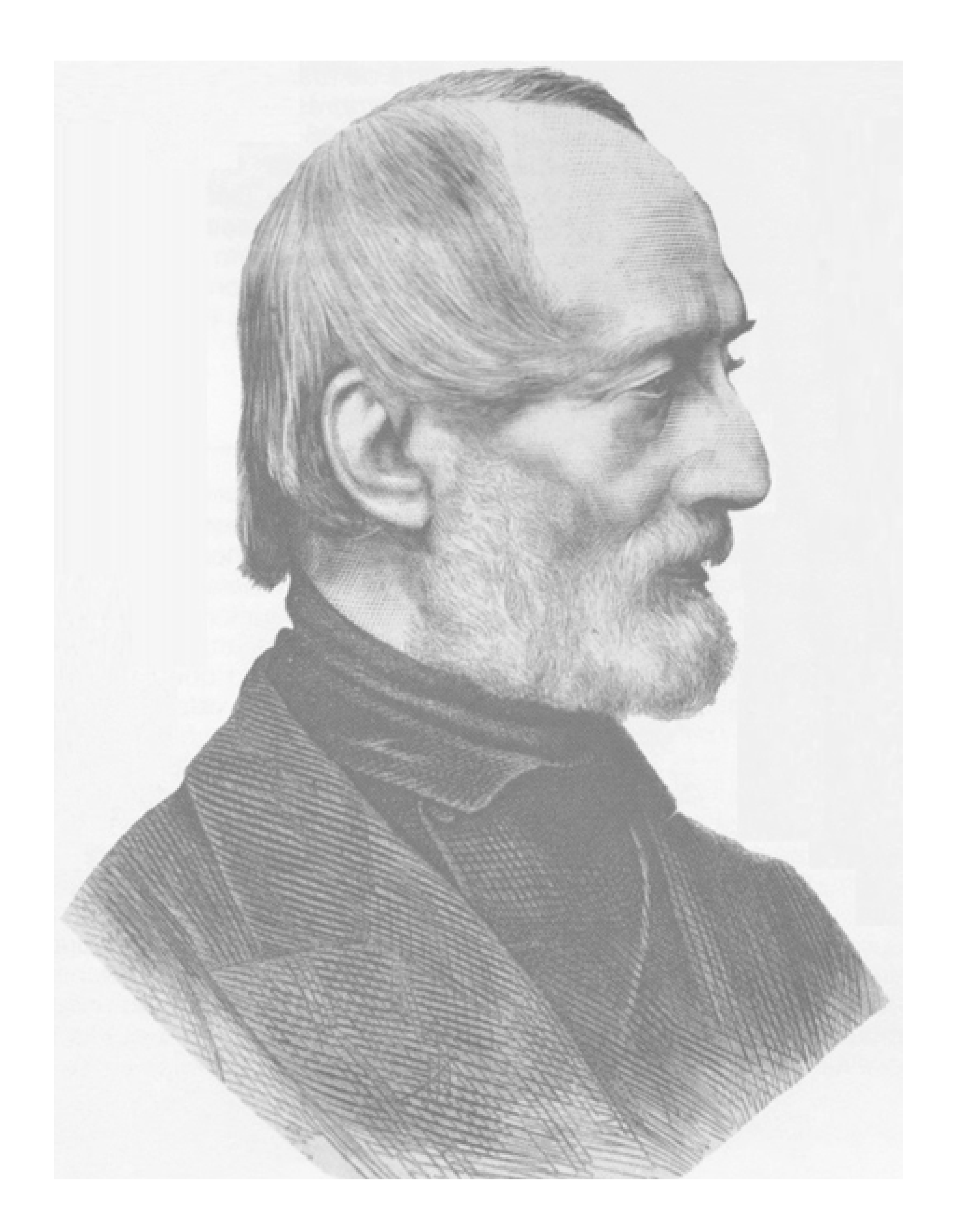
Los moderados, por el contrario, se habían comprometido en casi todas partes durante las revoluciones y, en muchos casos, habían acabado por unirse a la reacción, cuando no habían optado por cómodos *exilios interiores* o *dorados destierros*.

En todos los Estados italianos se había desencadenado una durísima represión con la única excepción del reino de Cerdeña-Piamonte donde la recién estrenada Constitución —el *Statuto Albertino*— habrá de sobrevivir al fragor revolucionario para terminar siendo el texto legal fundamental del futuro reino de Italia hasta la ascensión del fascismo.

Con este panorama del fracaso revolucionario y la represión subsiguiente se abre la década en la que se consuma el nuevo Estado unitario italiano (reino de Italia, proclamado en 1861), en cuyo proceso de formación se inserta la actuación de republicanos y demócratas revolucionarios que jugarán un relevante papel, aunque no lleven a cabo sus principios ideológicos.

Culminación del proceso revolucionario en la Italia del cuarenta y ocho fue la efímera pero intensa experiencia de la República romana. El 9 de febrero de 1849, la Asamblea Constituyente romana proclamaba la república y declaraba extinto el poder temporal del Papa huido.

Mazzini Saffi y Armellini formaran el triunvirato que asume el poder el 29 de marzo Giuseppe Garibaldi encabezará las tropas republicanas que habrán de hacer frente a los contingentes españoles y napolitanos que marchan contra Roma.



Luis Napoleón Bonaparte, tres meses después de ser elegido presidente de la recién nacida República francesa y cediendo a las presiones de los católicos de su país, enviará contra Roma una expedición al mando del general Oudinot, que sufrirá la primera derrota el 30 de abril ante los garibaldinos a las puertas de Roma. Los borbónicos hispano-napolitanos también serán derrotados en Palestrina y obligados a retirarse a Velletri.

La mediación de Ferdinand de Lesseps conseguirá que se estipule una tregua, rota el 3 de junio por Oudinot, que iniciará así la

presión sobre los revolucionarios.

Los encuentros —victoriosos para los ejércitos franceses— de Villa Pamphili, Villa Corsini, Vascello (en cuya heroica defensa encontrarán la muerte Mameli y Enrico Damdolo), la extrema resistencia en Villa Spada, estrecharán cada vez más el cerco.

El 30 de junio, la Asamblea romana aprueba el cese de la resistencia. El triunvirato mazziniano dimite y los franceses entran en la ciudad un mes después de haberse roto la tregua, el 3 de julio.

Con pocas horas de diferencia y en ese mismo día se proclama, en el Campidoglio —sólo para la posteridad—, la Constitución de la República romana, mientras que Garibaldi abandona la ciudad seguido por unos miles de hombres que intentan hurtarse a la previsible represión y que intentarán llegar hasta Venecia, donde todavía la República de Manin resiste a los austriacos.

Perseguido por éstos, Garibaldi verá morir en Valli di Comacchio a su inseparable compañera Anita, pero conseguirá llegar a Toscana. Más tarde partirá para el exilio.

Venecia resistirá todavía el asedio hasta que, extenuada por el hambre y una epidemia de cólera, cae nuevamente en manos de los austriacos, el 24 de agosto de 1849.

La reorganización del movimiento revolucionario

El año 1852 tenía un significado especial para los demócratas revolucionarios europeos. Finalizaba el mandato presidencial de Luis Napoleón Bonaparte y, con ello, el pueblo podría recuperar la iniciativa revolucionaria y oponerse al previsible golpe de Estado. En Italia se cifraban todas las esperanzas en un estallido francés que nuevamente encendiese la llama en la península cisalpina.

Desde el mismo día de la derrota de la República romana, Mazzini asumió la tarea de este resurgir revolucionario. Su estrategia estaba basada en el supuesto de un estallido revolucionario en Francia que provocaría el levantamiento de los

pueblos de la Europa central y oriental, principalmente de los pueblos eslavos.

Este movimiento habría de reflejarse también en Italia, pues provocaría una crisis en el multinacional Estado del Imperio austriaco y, por tanto, también en las posesiones italianas de éste, el reino lombardo-véneto.

Para Mazzini, el papel de nación-guía en este movimiento revolucionario, sobre todo respecto a los pueblos eslavos sometidos a Austria, correspondería a los polacos. Para él, como para los piamonteses con Cavour a la cabeza, la destrucción del Imperio austriaco era *conditio sine qua non* de su estrategia. Por ella pasaban las aspiraciones revolucionarias de Mazzini y todo proyecto de unificación política de la península italiana.

Mazzini organizó entonces el *Comité Democrático Europeo*, donde estaban representadas las diversas nacionalidades. Francia por Ledru-Rollin, los alemanes por Ruge, Darasz representaba a Polonia y Bratianu a Rumanía.

El húngaro Kossuth se negó a formar parte de la organización al haber en ella un rumano: se avino, sin embargo, con Mazzini a llegar a un acuerdo particular entre los movimientos patrióticos húngaro e italiano.

En realidad, la nueva organización mazziniana adolecía de realismo. Contaba, además, con la hostilidad de los socialistas europeos, cuyos representantes habían sido cuidadosamente excluidos de ella por Mazzini, sobre todo en los casos francés y alemán. Personajes como George Sand, Herzen o Blanc, además de Marx y Engels, entre otros muchos, la criticaron.

Impulsó al mismo tiempo Mazzini un *Comité Nacional Italiano* integrado por Saffi, Saliceti, Sirtori y Montecchi, entre otros, cuya legitimación pretendía invocando la autoridad conferida por la Asamblea de la República romana a sus últimos triunviros.

Esta versión nacional de la organización mazziniana, que pretendía arrogarse la representación total del pueblo italiano,

presentaba análogos defectos y suscitó análogas críticas que su versión internacional.

Su programa no había variado: unidad nacional, insurrección bajo la dirección de un pequeño grupo de hombres, convocatoria de una Asamblea Constituyente. Con la esperanza de atraerse a los exiliados todavía indecisos en cuanto a la actitud a tomar ante la monarquía constitucional piamontesa, Mazzini no mencionaba para nada a la República entre sus objetivos.

En 1850 y para financiar el resurgir de la *guerra de los pueblos*, el Comité Nacional emitió un *empréstito revolucionario* en bonos cifrados. En 1851 serán arrestados y ejecutados Amatore Sciesa, en Milán: Giovanni Grioli, en Mantua, y Luigi Dottesio, en Venecia. Un año más tarde será descifrada una lista de suscriptores del *empréstito revolucionario*, lo que dará lugar al proceso conocido como de los mártires de Belfiore, con la ejecución de Tazzoli, Speri, etcétera.

Oposición

La toma de posición netamente republicana de Mazzini ante estos hechos, le enajenó la voluntad de muchos moderados y de todos aquellos que mantenían su esperanza en el régimen constitucional, anticlerical y antiaustriaco piamontés como aglutinador de Italia.

Por otra parte, lo que hasta entonces habían sido más o menos veladas críticas a los socialistas se hicieron mucho más patentes después del éxito del golpe de Estado de Luis Bonaparte (2 de diciembre de 1851).

Mazzini lo atribuía no sólo a la traición de los moderados, sino también a lo que él consideraba el fracaso de los *sistemas materialistas* de un Fourier, un Cabet, un Proudhon, un Lerroux o un Blanc. A sus ojos, éstos habían ejercido un pernicioso influjo en el fervor revolucionario genuino de las masas francesas.



Napoleón III en la época de su intervención de Italia (por Genaille, Museo del Risorgimento, Roma) (izquierda). Francisco José de Austria (por Winterhalter, Museo de Arte e Historia, Viena) (derecha).



Entrada triunfal de Víctor Manuel II y Napoleón III en Milán, 8 de julio de 1859 (por G. Bertini, Museo del Risorgimento, Milán).

Respecto a Italia, el temor de perder el apoyo de las capas medias le llevó a posponer todo planteamiento de reforma económica o social —incluso toda profundización en el tema de las libertades individuales— hasta la victoria de la revolución, entendida ésta, sobre todo, como consecución de la unidad nacional.

Para ello tenía que contrarrestar acusaciones de todo orden, como, por ejemplo, las de la nueva revista católica editada por los jesuitas. *La Cività Cattolica*, que en su número 1, de 1850, acusaba a la organización mazziniana de ser la *apoteosis de la prostitución y del asesinato*, de querer *abolir la familia, la emancipación de la mujer y la supresión del derecho a la propiedad*.

Hacia mediados de 1851, la oposición a Mazzini entre los demócratas italianos comenzó a dar frutos. Directamente contrapuesto al mazziniano *Comité Democrático Europeo*, con sede en Londres, se creó en París un comité franco-italiano-español, conocido como *Comité Latino*, inspirado por el humanitarismo social-cristiano de Lamennais.

De mayor trascendencia para Italia fue el intento del federalista Ferrari. Este promovió en Francia, entre los exiliados italianos y también en el territorio piamontés, la formación de un partido democrático federalista opuesto al unitarismo mazziniano de corte jacobino. En su *Federazione republicana* subrayaría Ferrari, más que Mazzini, el contenido social de la revolución, además de su nunca velada posición republicana.

Sin embargo, esta vasta operación de oposición a Mazzini, de la que aquí no hemos mencionado sino lo más significativo, fracasó por su heterogeneidad y porque, fuera del Piamonte, se apoyaba solamente en los exiliados italianos en Francia y, por ende, en el éxito de una revolución en Francia que cerrase el paso al bonapartismo y les permitiera dirigir su actividad hacia Italia, tomando como base el territorio francés. El triunfo del golpe de Estado de Luis Napoleón dio lugar a su dispersión.

Intentona de Milán

Por el contrario, Mazzini había conseguido, no sin enormes dificultades, levantar prácticamente en todos los Estados italianos una vasta organización clandestina. Sin descuidar por ello el trabajo entre los emigrados políticos, Mazzini se había impuesto una labor de hormiga en territorio italiano.

En efecto, la represión subsiguiente al fracaso revolucionario de 1848-1849 no pudo impedir —más bien lo estimuló— el caldo de cultivo de una oposición difusa, naturalmente desorganizada, a todo lo extranjero (sobre todo, austriaco), a los viejos regímenes, etcétera.

En Roma y en otras ciudades de los Estados de la Iglesia se organizó una red mazziniana fuertemente centralizada, según un sistema jerárquico paramilitar que se distribuía en *escuadras, escuadrillas, centurias, cohortes, comités municipales y comités provinciales*.

De la misma manera se habían organizado en Florencia y en el Gran Ducado de Toscana los jefes mazzinianos Lironi. Fenzi y Mini. Y así, también en la Lombardía y en el Véneto, aunque en esta región en menor medida.

Los demócratas revolucionarios sicilianos, cuya experiencia política les había alejado más que en otros Estados italianos del contacto con los moderados, abandonaron progresivamente las posiciones autonomistas y se acercaron poco a poco a las tesis mazzinianas, manteniendo estrechas relaciones con las organizaciones mencionadas. Solamente en el territorio peninsular del reino de Nápoles. Mazzini carecía de adeptos organizados y ello debido, sobre todo, a la fortísima represión.

A pesar de las controversias de Mazzini con el socialismo europeo, la penetración de sus organizaciones en los ambientes populares encontró cauce en las estructuras embrionarias del movimiento obrero italiano: nos referimos a las sociedades de socorros mutuos que habían comenzado a difundirse en la Italia septentrional desde 1840. El caso de Génova y toda la Liguria resulta paradigmático para este tipo de difusión de las ideas mazzinianas.

Hacia mediados de 1852, Mazzini se concentró en los preparativos de una insurrección inminente en el reino lombardo-véneto bajo el dominio austriaco. La combinación de la insurrección en el Véneto y la Lombardia, con un paralelo movimiento insurreccional en Hungría que encabezaría Kossuth, paralizaría por completo el Imperio austriaco como pretendía Mazzini.

La eficacia de la policía política imperial en Milán y en la Lombardia, sobre todo, dio lugar a detenciones y ejecuciones. Todo ello precipitó la intentona insurreccional, además de debilitar su infraestructura.

La insurrección fracasará en Milán en febrero de 1853. (Los *barabba* milaneses se levantaron el 6 de febrero).

A la represión, en la que no faltaron ejecuciones, siguió un intento austriaco de reconciliación con la población milanesa y

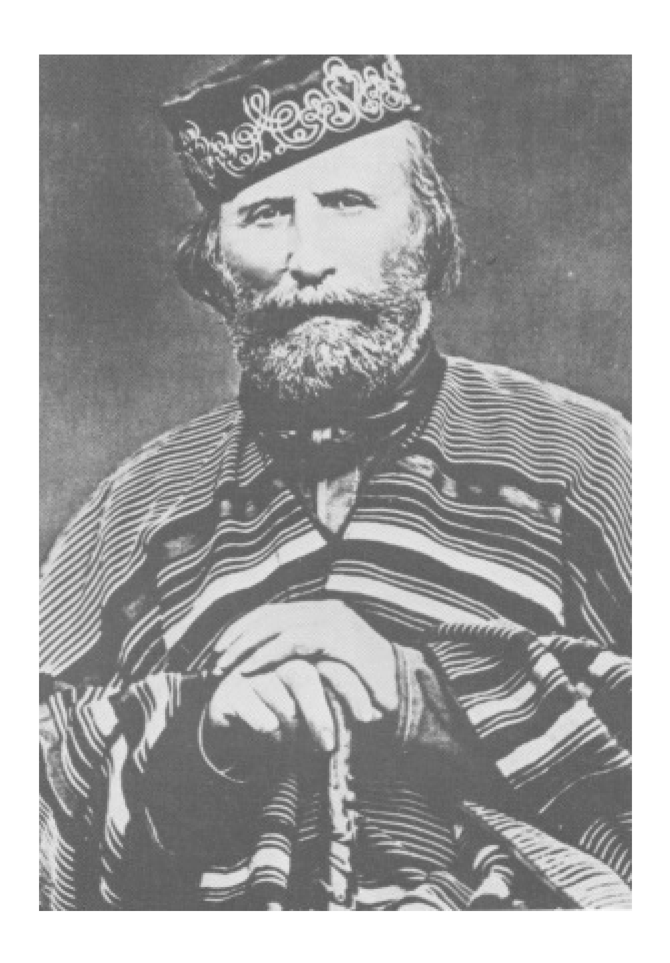
lombarda que fracasó con el nombramiento como gobernador del archiduque Maximiliano.

El fracaso del republicanismo mazziniano. La opción piamontesa

El fracaso de la insurrección en Milán demostraría la incapacidad de mutar la situación por medio de organizaciones clandestinas fuertemente centralizadas, como pretendía Mazzini, aunque no podamos dejar de reconocer la importancia de la red revolucionaria que había creado en orden, sobre todo, a mantener vivo el fermento de la revolución y a coordinar las aspiraciones de los revolucionarios de las distintas zonas.

El fracaso milanés supone también la franca crisis del movimiento republicano. La iniciativa política pasa a los moderados, que ponen sus ojos en Cavour y en el Gobierno constitucional del Piamonte.

Muchos mazzinianos optaron por estas posiciones. Así, Manin —el dirigente de la república veneciana de 1849—, Ulloa, Sirtori, Maestri, Dragonetti y Montanelli, que se reunieron en París en noviembre de 1854.



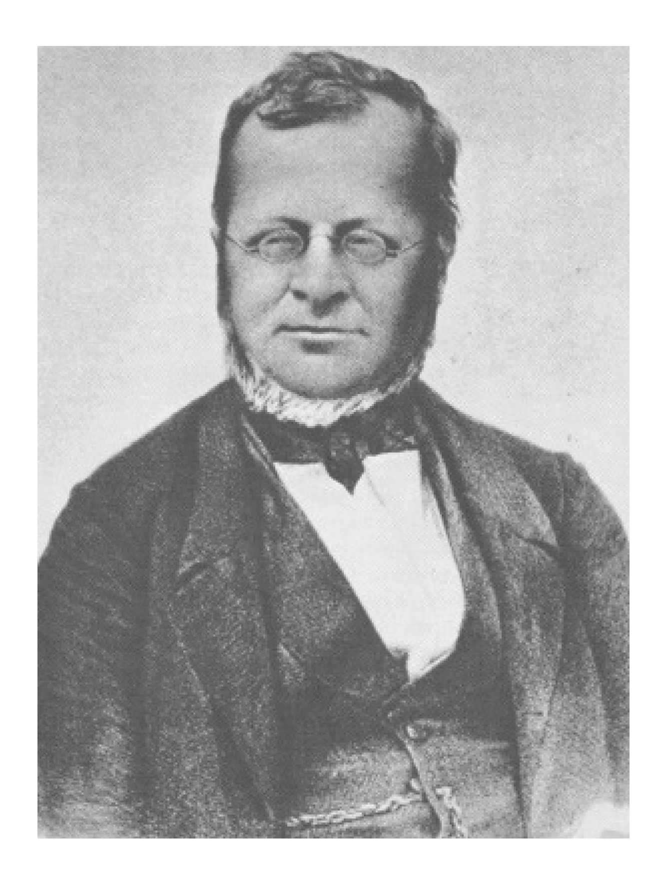
Giuseppe Garibaldi (foto Alinari).

De igual modo, el importante grupo genovés —Medici, Bertani, Cosenz, Mordini— propuso la creación de un nuevo frente republicano de carácter federalista y con una organización descentralizada en toda la península.

En Roma, los republicanos se escindieron: unos buscaron la colaboración con los moderados: otros, con Petroni, permanecieron fieles a Mazzini. A los constitucionalistas moderados que en Toscana se volvían cada vez más abiertamente al Piamonte, se acercaron muchos mazzinianos del Gran Ducado. Por esas mismas fechas, también Garibaldi abandonó al *maestro*.

Cavour, a la sazón primer ministro de Piamonte desde 1852, con su permanente postura antiaustriaca y su realismo político, aglutinaba en torno al Piamonte constitucional la lealtad republicana y revolucionaria de tantos ex mazzinianos.

Con la intervención de Piamonte en la guerra de Crimea en 1854 y su participación en el Congreso de París en 1856 entre las potencias vencedoras, el prestigio de la monarquía constitucional piamontesa alcanzará sus cotas máximas. Podemos decir que en ese momento la idea republicana y revolucionaria había perdido definitivamente el apoyo de las clases medias de la Italia septentrional y central.



Conde Camilo Cavour

Mazzini atribuía, en efecto, el fracaso de la insurrección de Milán a la falta de Intervención de las clases medias, entre otras causas. A pesar de todo, no se dio por vencido e inició sucesivamente una nueva experiencia.

Juzgando definitivamente concluido el periodo de las *ideas*, debía iniciarse el período de la acción. Fundaría así el *Partido d'Azione*. como pequeño grupo homogéneo de republicanos unitarios.

Por otro lado, la creciente influencia piamontesa intentaba recuperar para sí los restos de las viejas organizaciones republicanas. En 1857, y con velado apoyo de Cavour, se constituyó la *Sociedad Nacional* con Manin y Pallavicino: ocupó el cargo de secretario general de la nueva organización el ex mazziniano La Farina. A ella se sumaria también Garibaldi.

De los jefes históricos del republicanismo italiano sólo Pisacane permanecía junto a Mazzini. Cario Pisacane, convencido de que las condiciones sociales de la Italia meridional eran el perfecto caldo de cultivo donde prendería la revolución, organizó, con el viejo dirigente, una expedición contra Nápoles.

La falta de contactos dejó a su suerte a los expedicionarios que desembarcaron en Sapri: ante el fracaso, Pisacane se suicidó el 2 de julio de 1857.

Este nuevo fracaso marcaba el final definitivo para las esperanzas mazzinianas. La revolución italiana, la unidad de Italia, no podían concebirse sin la intervención decisiva de Piamonte.

El reino de Italia

El atentado fallido contra Napoleón III, llevado a cabo en París por el italiano Felice Orsini en 1858, precipitaría los acontecimientos. Cavour lo explota para inducir al emperador a una alianza franco-piamontesa en vista de una solución de carácter militar para el problema italiano. El 21 de julio, en Plombières, llegará a un acuerdo secreto con el emperador, según el cual Francia se compromete a intervenir militarmente en caso de una agresión austriaca a Piamonte.

La futura Italia, según los acuerdos, quedará dividida en tres reinos: la Alta Italia, desde los Alpes al Adriático, bajo Víctor Manuel II. La Italia central, bajo Jerónimo Bonaparte. Y la Italia meridional, bajo Luciano Murat. Piamonte cedería a Francia, además, Niza y Saboya.

Se inicia así, en la primavera de 1859, lo que los italianos conocen como la segunda guerra de independencia, que enfrentaría a franceses y piamonteses contra austriacos en Lombardia. Garibaldi, ya plenamente al servicio de Piamonte, ataca también a los austriacos y, con sus voluntarios —*i Cacciatori degli Alpi*— atraviesa el Ticino.

Las operaciones militares abrirán paso al armisticio entre ambos emperadores. El 11 de julio, por el Convenio de Villafranca, Francisco José cede a Napoleón III la Lombardia hasta el río Mincio para que éste, a su vez, se la entregue a Víctor Manuel II.

Cavour presenta la dimisión, pues no se habían cumplido los acuerdos en lo referente a la conquista del Véneto. Un año después, el 15 de abril de 1860, Niza y Saboya, tras sendos plebiscitos, se integrarán en Francia. Cavour había vuelto al poder en enero de ese mismo año.

Otros movimientos

Durante la primavera de 1859 se sucederán también movimientos de trascendentales consecuencias en la Italia central. El 27 de abril, el mazziniano Giuseppe Dolfi encabeza en Florencia una manifestación que obliga a huir al gran duque. Se forma en Toscana un Gobierno provisional presidido por Bettino Ricasoli. Los ducados de Parma y Módena expulsan también a sus respectivos soberanos. La insurrección triunfa en Bolonia y en las Legaciones. Las tropas pontificias reprimen con dureza en Las Marcas y Umbría (masacre de Perusa). Comisarios reales piamonteses gobiernan en Parma, Módena y Bolonia mediante dictaduras provisionales. El comisario real en Florencia. Carlos Buoncompagni, no acepta la dictadura que le ofrecen los florentinos, Bolonia, los ducados y Toscana organizan una fuerza militar común a las órdenes de Manfredo Fanti y de Garibaldi.

La solución unitaria se impone a despecho de los acuerdos de Plombières. Piamonte cuenta para ello con el apoyo del Gobierno

británico. Los días 11 y 12 de marzo de 1860, Toscana y Emilia votan en sendos plebiscitos su anexión al reino de Piamonte. Las Marcas y Umbría lo harán en octubre y noviembre, junto con el reino de Nápoles.

A comienzos de 1860, Piamonte controla la Italia central y septentrional, excepto el Véneto, que permanecería austriaco hasta la guerra austro-prusiana de 1866, y el Lacio, Las Marcas y Umbría, únicos restos de los Estados de la Iglesia que aún permanecen bajo la soberanía temporal del Papa.

Pero los acontecimientos son imparables: el 4 de abril de 1860 se inicia la revuelta en Palermo, que se mantendrá viva gracias al mazziniano Rosolino Pilo. Francesco Crispí incita a Garibaldi a una invasión. Contra la opinión de Cavour, pero con la aquiescencia del rey, Garibaldi zarpa con *I mille*, camisas rojas de Quarto (Génova), entre el 5 y 6 de mayo.

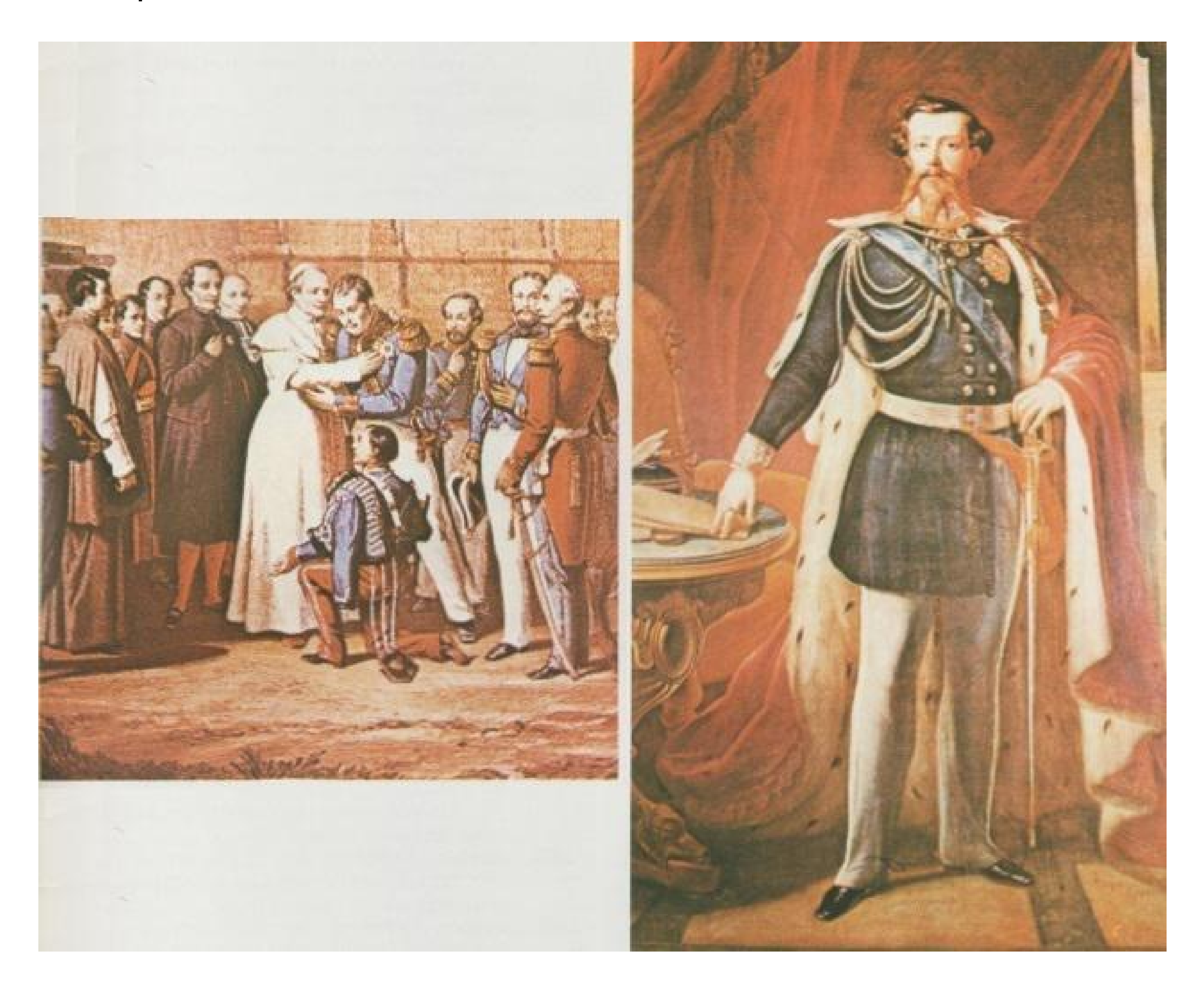
Garibaldi, con apoyo naval británico, desembarca en Marsala el 11 de mayo: el día 13, con la proclama de Salemi, asume la dictadura de la isla de Sicilia en nombre de Víctor Manuel II. Dominada Sicilia totalmente el 30 de mayo, Garibaldi, cuyas tropas se han multiplicado, atraviesa el estrecho de Messina. El 7 de septiembre entrará triunfalmente en Nápoles.

Los éxitos del dictador preocupan en las cancillerías europeas. Aunque es indudable la fidelidad de Garibaldi a la monarquía piamontesa, a nadie se le oculta la decisiva participación junto a él de viejos revolucionarios demócratas y republicanos.

Ante sus abiertas intenciones de dirigirse contra Roma, Cavour obtiene el *placet* de Napoleón III para una intervención militar piamontesa en los territorios papales de Las Marcas y Umbría que vaya al encuentro de los garibaldinos.

Derrotadas con facilidad por los piamonteses las tropas pontificias en Castelfidardo, el 18 de septiembre cae Ancona. Víctor Manuel marcha a Nápoles a encontrarse personalmente con Garibaldi. El 8 de noviembre, en Teano, tiene lugar la entrevista.

Garibaldi pone sus conquistas en manos del rey y se retira a la isla de Caprera.



Fernando II de las dos Sicilias se despide del Papa Pío IX tras la capitulación de Gaeta (izquierda).
Víctor Manuel II (Museo del Risorgimento, Turín) (derecha).



Entrada triunfal de Garibaldi en Nápoles (Museo del Risorgimento, Roma).

Tras los plebiscitos del otoño de 1860, cesa entre enero y marzo de 1861 la resistencia extrema de las tropas borbónicas sitiadas en Gaeta y Messina. El 17 de marzo, el voto unánime del Parlamento de Turín proclama a Víctor Manuel II, *per la grazia di Dio e la volontá della Nazione*, rey de Italia.

Diez días después, tras el famoso discurso en que Cavour proclama la *libera Chiesa in libero Stato*, la Cámara declara a Roma capital del reino de Italia. Diez años pasarán todavía para que esa declaración pueda hacerse efectiva al cesar la protección francesa.

Cavour, que morirá el 6 de junio de 1861, no conocerá la culminación de su obra. La *cuestión romana*, que no se resolvería hasta los pactos de Letrán de 1929, no había hecho más que empezar.

Organización obrera

Como hemos visto, Mazzini, después de haber constituido durante más de veinte años varias organizaciones con diversas denominaciones, elegirá específicamente para su organización, a partir de 1853, la denominación de *Partito d'Azione*.

Después de la progresiva inclinación neomonárquica de tantos republicanos en el primer lustro de los años cincuenta, el *Partito d'Azione* será, en el periodo 1853-1861, la única organización claramente republicana del panorama político italiano de la época.

En el primer decenio de Estado unitario, hasta la muerte de Mazzini en 1872, las dificultades del partido serán todavía mayores. Tras la muerte de Mazzini se borra hasta el recuerdo del nombre, que sólo será recuperado durante la resistencia antifascista de manera gloriosa, pero, eso sí, efímera.

En Nápoles, en el otoño de 1860, inmediatamente después de su liberación por Garibaldi, Mazzini fundará, además de un periódico y de una asociación política, una asociación obrera, complemento indispensable, a su juicio, para organizar el movimiento democrático.

En 1861 está prevista la celebración del noveno Congreso de las asociaciones obreras. Los siete primeros fueron exclusivamente piamonteses y ya en el octavo participaron otras regiones. Todos ellos, hasta entonces, habían sido controlados por los moderados.

Mazzini se propone que el noveno Congreso dé cabida a los delegados meridionales para que salga de él una organización estable y permanente, unitaria y nacional, que pueda ser la base de la oposición democrática al Gobierno de la monarquía.

Conseguirá en gran parte sus propósitos. El Congreso, celebrado en Florencia en septiembre de 1861, y gracias, sobre todo, al peso de los delegados ligures encabezados por Savi, hará prevalecer las tesis mazzinianas.

Después de siete años en que el *Partito d'Azione* está volcado en objetivos de política nacional, el doceavo Congreso (Roma, noviembre de 1871) es un último esfuerzo de la estrategia mazziniana que intenta recuperarse de los nuevamente fracasados

intentos insurreccionales de 1869-1870, y frente a la cada vez más consolidada monarquía que acaba de incorporar a Roma como capital del reino.

Intenta superar también la división de los demócratas europeos en torno a la Comuna de París y, desde la óptica de Mazzini, contrarrestar los avances de la Internacional y los éxitos de Bakunin. Se afianzará en este Congreso todavía el estrecho control de los republicanos del movimiento obrero italiano.

Pero el intento fracasará globalmente. Las asociaciones obreras moderadas conservarán consistencia y actividad propias. Por otro lado, las asociaciones internacionalistas se organizarán pronto en un movimiento que, a pesar de la represión, dará lugar más tarde al Partido Socialista.

Se sella así esta etapa del movimiento democrático, ya inseparable del movimiento obrero, con una nueva etapa y prácticamente definitiva derrota de los republicanos, que se mantendrán en una relativa actividad hasta que la clase dominante no se vea obligada a admitir a la legalidad un partido socialista.

Cronología

1846. *La elección papal de Pío IX abre un período de reformas en los Estados Pontificios (16-VI)*.

1847. *El Papa, el gran duque de Toscana y el rey de Piamonte-Cerdeña crean la Liga Aduanera Italiana, considerada como un primer paso hacia la Unificación (noviembre)*.

1848. *Levantamientos antiaustriácos en Venecia y Müán (18/23-III). En Parma y Módena se constituyen Gobiernos provisionales y en Florencia, Toscana, Roma y Turín se proclaman Constituciones (febr.-marzo). La intervención de Carlos Alberto de Cerdeña en apoyo de los patriotas lombardos provoca la guerra con Austria Tras las victorias de Goito y Peschiera (mayo-junio), los italianos son derrotados en Custozza (26-VII) y, tras la calda de Milán, deben filmar el armisticio de Salasco (9-VIII)*.

1849. *Ante la presión de los liberales, Pío IX abandona Roma y se refugia en Gaeta. Mazzini proclama la República romana (9-II). Carlos Alberto reemprende la guerra con Austria pero, derrotado en Novara (23-III), abdica en su hijo Víctor Manuel II, que firma la paz en Milán (agosto). Los austriacos recuperan Venecia, donde Manin había proclamado la república, y los franceses toman Roma, restaurando los Estados Pontificios (mayo-junio)*.

1850. *Camilo Benso, conde de Cavour, se convierte en ministro de Comercio y Agricultura de Piamonte-Cerdeña, país*

que conserva el régimen constitucional.

1852. *El acuerdo* (connubio) *entre los liberales y la derecha moderada permite que Cavour se convierta en jefe del Gobierno piamontés*.

1855. *El reino de Cerdeña participa en la guerra de Crimea junto a franceses y británicos*.

1856. *En el Congreso de París, que pone fin a la guerra con Rusia, Cavour defiende la aplicación del principio de las nacionalidades para el caso italiano*.

1858. *Entrevista de Plombières entre Cavour y Napoleón III. Francia apoyará la incorporación de la Italia del Norte a Piamonte y la división del resto de la Península en tres Estados (28-VII)*.

1859. *Ante el rearme del Ejército piamontés, ultimátum austriaco. Iniciada la guerra, los piamonteses y franceses vencen a los austriacos en Magenta y Solferino (4 y 24-VI). Tras el armisticio austro-francés de Villafranca (julio), la paz de Zurich entrega Lombardía a Napoleón III, quien la cede a Piamonte. En la Italia central se producen levantamientos nacionalistas*.

1860. *Tras la aprobación por sus respectivos Parlamentos, un plebiscito confirma la incorporación a Piamonte de Parma, Módena, Toscana y Romagna. A cambio, Piamonte cede Saboya y Niza a Francia (24-III). Garibaldi, al frente de la* expedición de los mil, *desembarca en Sicilia y ocupa Nápoles (mayo-septiembre). Los piamonteses ocupan la Italia central, excepto el Lacio. En Teano, Garibaldi reconoce a Víctor Manuel como rey de Italia (26-X)*.

1861. *Francisco II de Nápoles se rinde en Gaeta a los garibaldinos (13-II). Un Parlamento nacional, reunido en Turín, proclama a Víctor Manuel rey de Italia (27-IV). Cavour muere súbitamente a los cincuenta y un años (6-VI)*.

1862. *Garibaldi intenta ocupar Roma, pero el Gobierno Rattazzi frustra su acción en el combate de Aspromonte (29-VIII)*.

1864. *Napoleón III negocia con M. Minghetti una convención por la que las tropas francesas abandonan Roma a cambio de garantías italianas sobre los Estados Pontificios (15-IX). Florencia se convierte en la capital de Italia*.

1866. *Italia interviene en la guerra austro-prusiana. Los italianos son derrotados en Custozza (24-VI) y en la batalla naval de Lissa (20-VII), pero por el tratado de Viena obtienen el Véneto*.

1867. *Un nuevo intento de tomar Roma fracasa cuando los franceses derrotan a los garibaldinos en Mentana (3-XI) y colocan una guarnición en la ciudad*.

1869. *Se abren en Roma las sesiones del Concilio Vaticano I, que condena las doctrinas modernistas y proclama la infalibilidad del Papa*.

1870. *Tras la derrota de Sedán, los franceses abandonan Roma. El Ejército italiano entra en la ciudad y, tras un plebiscito, es proclamada capital de Italia (2-X)*.

Bibliografía

Bergeron, L., Furet, F., y Koslleck, R., *La época de las revoluciones europeas*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Duroselle, J. B., *Europa, de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, 1978. Fernández, A., *Historia Contemporánea*, Barcelona, Vicens Vives, 1976. Garraty, J. A., y Gay, P., *La Edad Contemporánea*, Barcelona, Bruguera, 1981. Grenville, J. H. S, *La Europa remodelada, 1848-1878*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Hearder, H., y Waley, D. P., *Breve historia de Italia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966. Heers, M. L., *El mundo contemporáneo, 1848-1914*, Madrid, Sarpe, 1985. Hobsbawm, E. J., *Las revoluciones burguesas* (2 vols.), Madrid, Guadarrama, 1964. Lanfrey, P., *Historia política de los Papas*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1976. Martínez Carreras, J. U., *La era de las revoluciones, 1770-1918*, Madrid, Istmo, 1983. Orsi, P., *Historia de Italia*, Barcelona, Labor, 1960. Otmar Von Aretin, K., *El Papado y el mundo moderno*, Madrid, Guadarrama, 1970. Palmade, G. (ed.), *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Parker, R. A. C., *El siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Plumyéne, J., *Les nations romantiques*, París, Fayard, 1979. Remond, R., *Introducción a la Historia de nuestro tiempo* (3 vols.), Barcelona, Vicens Vives, 1979. Romano, S., *Histoire de l'Italie. Du Risorgimento a nos jours*, París, Seuil, 1980. Sygmann, I., 1848. *Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Siglo XXI, 1977. Weil, G., *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*, México, Uteha, 1961.